

LA NOCHE DE LOS TIEMPOS

RALPH BARBY

CIENCIA FICCION



LA NOCHE DE LOS TIEMPOS

RALPH BARBY

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

303 — La comunicación. — Marcus Sidereo.

304 — ¡Ovni! — Curtis Garland.

305 — Los hombres del mal. — Burton Hare.

306 — ¡Salvemos la Tierra! — A. Thorkent.

307 — Vagabundos del espacio. — Adam Surray.

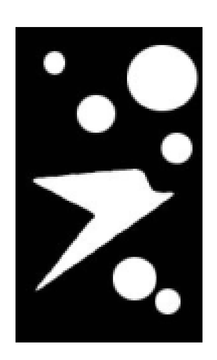
RALPH BARBY

LA NOCHE DE LOS TIEMPOS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 308

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 22.355 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: julio, 1976

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1976

CAPÍTULO PRIMERO

Trinidad Clark metió el dedo dentro de la argolla y jaló de ella. Casi inmediatamente, tras escucharse un leve chasquido, brotó un chorro de espuma.

Se acercó el bote a la boca y no pudo evitar empaparse de cerveza el abultado bigote que lucía. Tras beber, se secó la boca con la manga de su camisa.

—Eh, Aquiles, ¿te decides o no te decides?

Aquiles Cromwell miró a su amigo y compañero de fatigas y juergas. Trinidad Clark era más espontáneo, más emotivo, carecía de la proverbial frialdad de Aquiles Cromwell.

Ambos habían salido de la capital de las colonias que la Unión Confederada de la Tierra poseía en Marte.

—Son muchos dólares, Trinidad Clark, demasiados.

—Bueno, ¿no hemos estado soñando siempre en comprar una nave espacial de ese calibre? Tiene modificaciones sensacionales.

—Anda, cierra la boca. Pareces un vendedor a crédito. Por cierto, ¿qué crédito tienes tú?

—¿Yo? —Soltó una carcajada, apuró el resto del bote de cerveza y dijo—: El mismo que tú.

—Pues, estamos listos.

—No creas. Esos tipos no saben a quién endosarle ese cacharro que «zum», silba y se va por el espacio. Se pusieron a fabricar como locos y ahora no tienen suficientes clientes. Si te pones ropa nueva y un poco de empaque, seguro que te dan la nave envuelta en celofán y con un lazo. Si los conoceré yo…

—¿Crees que vas a engatusar a esa gente con un traje nuevo? Vamos, Trinidad Clark, no me tomes por idiota. Esos tipos tienen sus videotapes repletos de datos sobre nosotros. Ni nos mirarían a la cara para saber si podemos pagarles o no.

—Ahí está la clave. ¿Hemos dejado de pagar alguna vez comprando a crédito?

—Pues…

—Anda, responde, responde.

—La verdad es que siempre he pagado los créditos, aunque en ocasiones hemos pedido paciencia y, ya ves, ahora tenemos un cacharro que apenas puede hacer de saltamontes por Marte. Con él no llegaríamos jamás al planeta Tierra; para regresar habremos de tomar un billete para un pasaje regular.

—Tienes razón, con el cacharro que tenemos estamos perdidos, no vamos a levantar cabeza. Tú y yo somos unos pioneros, gambusinos del espacio y nos hace falta una buena nave para podernos desplazar, para poder salir de aquí. ¿Cómo vamos a ir a las lunas de Júpiter en busca de gemas o uranio? Anda, dímelo, vamos.

—Sí, pero apenas tenemos para dar el veinte por ciento del precio de la nave que nos ofrecen, y eso, poniendo sobre la mesa lo que tú tienes y lo mío junto. El mínimo es el veinticinco por ciento y luego, los plazos. Cada setecientas veinte horas cae una letra-crédito que hay que cubrir. ¿Cómo lo cubriríamos?

—¡Aquiles Cromwell, te haces viejo antes de hora! ¿Es que no te ves capaz de pagar? Algo encontraremos, digo yo.

—Tú sabes que no es fácil. Hay varios millares de exploradores libres, sin contar con los geólogos y los milicianos de la Unión Confederada. Esto ya está muy pateado.

—¿Esto? ¿A qué te refieres al decir esto?

—A Marte y sus lunas, Fobos y Deimos.

—¿Y las lunas de Júpiter? Dime, ¿ahí qué?

—Pues, que muchos han ido y no han regresado.

—¿Te arrugas? No esperaba eso de ti, compañero. ¿Te conformas con ser una mísera cucaracha arrastrándose por los «desiertos marcianos, buscando algo que echarse al buche? Encontraríamos poblados fantasmas, ya abandonados. Los tipos como nosotros vamos a lo grande, no a buscar migajas. —Ante el silencio de su compañero y amigo, el espontáneo Trinidad Clark le preguntó ceñudo—: No estarás pensando en volver a engancharte en la milicia astronáutica, ¿verdad?

—No sería mala cosa. Tengo el grado de mayor en la reserva y si me alistara con esa graduación, hasta podrían darme una escuadrilla.

—¿Y yo qué? Sargento de telecomunicaciones, ¿quieres eso para mí? ¿Quieres que sea un vulgar suboficial de telecomunicaciones, que me sienten en una astronave de carga mineral y hala, arriba y abajo y a ver una hembra cada cuatro o cinco meses? No puedes dejarme en la estacada, Aquiles Cromwell, no puedes.

—Cuando nos unimos para convertirnos en aventureros del espacio no prometí cuidarte como a un perrito abandonado.

—Sí, sí, ahora di lo que quieras, escúpeme si eso te gusta. Soy basura, chatarra espacial. Cualquier día cojo un cohete y me suelto en el espacio. Así tendrás remordimientos siempre, pensando que estoy condenado a convertirme en una momia espacial, sujeto por los atalajes a una silla.

—Anda, no seas llorón. Me voy a dar una vuelta.

—¿Una vuelta, ahora?

—Sí, estaré uno o dos días fuera, ya veré.

—¿Para qué quieres largarte? Ya, ya sé, lo que tú no quieres es ver mi perdición, cómo me aplasta el destino. Oye, no te habrán soplado donde hay un filón de esmeraldas, ¿verdad? Soy tu socio.

—¡Nooo! Me voy porque quiero meditar.

—¿Meditar, meditar tú? ¿Meditar el qué?

—Pues si es interesante o no meterse en el lío de comprar la Omega-42.

—Meditarlo me parece una buena idea. Sí, eso de ir al desierto a meditar es algo que siempre se ha hecho. Te acompaño.

—¡Nooo! —clamó.

—¿Cómo, rechazas la compañía de tu mejor amigo, del que dejaría las tripas sobre cualquier pedrusco del desierto por ti?

—Si te llevo conmigo no podré meditar mi determinación, no me quedará otro remedio que escucharte a todas horas. Oye, ¿de verdad no te dan comisión por la venta de la Omega-42?

—Me has ofendido —objetó con aire muy digno—. Si no fueras mi amigo, hasta te daría un puñetazo en la boca.

—Eso no lo dirás muy convencido. Anda, tómate el tiempo que yo esté fuera para divertirte.

—¿Pretendes que patee los últimos dólares que me quedan?

—¿Los últimos? ¿No me habías dicho que te quedaban veinte mil?

—¿Veinte mil? Eso es el crédito que me dan.

—Diablos, Trinidad Clark. Tú quieres un crédito sobre otro crédito; que yo ponga el pago inicial, deje el resto a cuenta y que además sea avalista para tu crédito…

—Parece un poco liado, pero algo de eso hay.

Aquiles Cromwell se alejó de su amigo. Se sentía en una encrucijada de su vida y tenía que solucionarla meditando un. poco.

Fue en busca de su atom-hover-craft, un vehículo resistente y capaz de afrontar la hostilidad del clima marciano, sus tempestades de arena, su intenso calor o su frío carbónico.

Se acomodó en el asiento de conducción y miró la aguja que señalaba la potencialidad de la pila atómica que accionaba los motores de aquel vehículo de cuatro plazas y dos metros cúbicos de capacidad de carga.

—Parece que aún hay pila para rato —opinó para sí.

Tampoco el atom-hover-craft era un último modelo. Lo adecuado sería llevarlo a un almacén de venta de vehículos usados para usuarios sin pretensiones y comprarse un último modelo.

«Sejet» saltó desde el asiento posterior y pasó a su regazo, frotándole la barbilla con su peluda cabeza.

Aquiles Cromwell acarició el blanco pelaje de la gata de Angora que le escrutó con sus ojos diferenciados entre sí, pues uno de ellos era verde y el otro netamente azul. La gatita era grande, muy mimosa y sorda como todas las de su raza.

—Voy a dar un paseo —le dijo silabeando para que le entendiera —. Si quieres quedarte puedes hacerlo, no sé cuándo volveré.

«Sejet» puso sus patitas delanteras sobre los hombros de Aquiles, alzándose sobre sus patas posteriores y, mimosa, frotó su cara con la del hombre.

—Está bien, está bien, no te voy a dejar, pero si se nos comen los insectos no me eches la culpa. La verdad es que eres mejor compañía que el caradura de Trinidad Clark. —Suspiró—. Pero él es un excelente amigo y, en ocasiones, un compañero indispensable. Estoy seguro de que si nos halláramos en peligro y hubiera de elegir entre su vida o la mía, escogería la suya sin dudarlo.

Sonrió, puso a la gatita en el asiento que tenía al lado y salió de la colonia terrestre en Marte.

Un paseo por la superficie del planeta le sentaría bien. Por supuesto, no sería como darse el mismo paseo por Yellowstone en la Tierra, pero le iría bien. Sería como recordar el Desierto de la Muerte de Norteamérica.

Puso en marcha el atom-hover-craft y se alejó tras elevarse unas cuarenta pulgadas del suelo. Los chorros de aire levantaron una polvareda.

Se recomendaba que con aquellos vehículos se circulara por las pistas acondicionadas para evitar las polvaredas, mas no se ponía ninguna objeción cuando se viajaba por lugares donde no había pistas

adecuadas, fueran de cemento o asfalto, aunque en Marte, una tormenta de arena pronto convertía una pista de asfalto en un lugar propicio para las polvaredas.

Aquiles Cromwell tomó la dirección de los riscos Se filtró por el paso de las águilas y se dirigió al desierto de los insectos.

El desierto de los insectos era el lugar más desolado de Marte.

Allí se producían las desagradables apariciones de los insectos, fueran de especies conocidas o mutadas o insectos diferentes que no habían sido catalogados.

Los propios entomólogos se rascaban la cabeza sin explicarse la supervivencia de aquellos insectos en el vasto desierto marciano donde no parecía existir comida alguna. Sólo se podía llegar a la conclusión de que se devoraban unos a otros para subsistir.

Ello ocasionaba eras (que podían durar sólo unas horas) en que un tipo de insectos se hacía predominante sobre los demás y se convertían en una bandada sumamente peligrosa.

Luego, por haberse reproducido demasiado o por no encontrar que comer, sucumbían. Los miembros de otra especie que se habían salvado, ocupaban su lugar y así cíclicamente.

No se podía adivinar con qué se iba a encontrar uno al adentrarse en aquel maldito desierto; lo que sí estaba garantizada era la soledad, un infernal calor diurno y el frío más terrible durante la noche.

Hacía un buen día. El cielo era rojo-azulado claro e invitaba a pasear. No había nubes presagiando tormenta, aunque allí, debido a los súbitos vientos, las tormentas se levantaban de improviso y resultaban muy duras de soportar.

—Ya verás, «Sejet», cualquier día de éstos compramos un modelo nuevo de atom-hover-craft y entregamos este cacharro al chatarrero. Lo malo es que no me van a dar uno nuevo por menos de cincuenta mil dólares confederados, y como no encontremos algún filón de lo que sea, pero que se venda bien... Si entrara en la milicia astral cobraría un salario suficiente para comprarme un atom-hover-craft nuevo; lo malo es que posiblemente no podría utilizarlo porque siempre estaría de servicio y tampoco te podría tener a ti. No dejan llevar mascotas en las naves espaciales de combate, y como te pasas la vida en el espacio, cuando regresara te encontraría muerta probablemente. Además, eso de pertenecer a la milicia astral trae

muchos problemas, has de obedecer siempre a unos tipos que te dicen lo que has de hacer.

La gata se repantigó en el asiento y apoyó su cara somnolienta sobre las patas, mirando al hombre como si le escuchara. No podía oírle porque era sorda; sin embargo, le miraba porque lo que podía verse por el cristal parabrisas era pura y llanamente el desierto de los insectos. Los riscos ya habían quedado atrás.

Toda el área del desierto de los insectos, que era vastísima y cuyos límites quedaban marcados por los canales marcianos (que no eran otra cosa que grietas naturales) ya había sido escudriñada con todo tipo de sensores en busca de metales caros, energéticos o gemas de alto valor, y nada de aquello parecía haber allí, de modo que desde los departamentos gubernamentales o a los aventureros, el desierto de los insectos había sido desestimado.

Aquiles Cromwell pensó que podía atravesar aquel desierto, aunque con el vehículo que llevaba no tardaría menos de una semana en cruzarlo. Tenía pila atómica para ir y volver, no había peligro y tampoco iban a faltarle alimentos y agua. El atom-hover-craft siempre iba equipado al respecto.

Redujo la velocidad porque los motores, escasos de lubricantes, se calentaban en exceso. Llegó la noche y estableció su campamento.

«Sejet» no quiso salir al exterior, era como si presintiera algún peligro. La verdad era que no se podía descuidar uno en aquel desierto, ni de día ni de noche. Los insectos, fuera de la clase que fuesen, podía aparecer y se lo comían a uno vivo. Muchos pioneros habían sucumbido así y sus huesos habían quedado limpiamente mondados.

Tras fumarse unos cigarrillos y tomarse dos cervezas frescas, pues Trinidad Clark siempre surtía de botes de bebida el congelador del atom-hover-craft, se encerró dentro del vehículo dejando conectado el circuito de aireación.

Pulsó un resorte y los asientos se transformaron en dos cómodas y amplias camas en las que se advertían las huellas de haber dormido mucho en ellas.

La carrocería de cristal irrompible y aluminio-plástico le protegía de cualquier ataque de insectos. Más, al dormirse, tuvo la impresión de que millares de diminutos ojos le observaban con atención y quizá con hambre.

No quiso mirar siquiera si aquellos temibles insectos, que podían tener desde un milímetro a diez centímetros de longitud, estaban allí, pegados a los cristales.

Antes de que se pusiera en marcha el refrigerador del atom-hover-craft para combatir el sol infernal que calentaba la carrocería por su parte externa, comunicando aquel calor al interior, lo que convertiría al vehículo en un horno de no funcionar el sistema de refrigeración, Aquiles Cromwell se despertó.

AI abrir los ojos, vio que «Sejet» le estaba mirando, todavía enroscada sobre sí misma. Había dormido junto a él, a la altura de su cabeza.

—¿Sabes una cosa, «Sejet»? Cualquiera que me viera diría que soy una solterona esperpéntica, lo que pasa es que mucha gente no comprende el amor hacia los animalitos como tú.

Desayunaron y reemprendió aquel viaje absurdo por el desierto de los insectos. Su meta era sólo atravesarlo por su paralelo central, es decir, de oeste a este. Esperaba que por el camino se hiciera la luz en su mente y al término del viaje supiera qué destino debía escoger.

Lo que Aquiles Cromwell ignoraba era que un suceso inesperado cambiaría su vida radicalmente. Ya no tendría tiempo para hacerse más preguntas que le ayudaran a salir de una encrucijada.

Al atardecer, cuando llevaba ya muchos kilómetros de desierto, descubrió frente a él una nube que emergía del suelo; quizá se parecía algo a un tornado. Su experiencia le hizo observar;

—Eso no es una nube de polvo, sino un enjambre de esos malditos insectos.

Convencido de que con su vehículo era invulnerable a moscas, langostas o lo que se le pusiera por delante, siempre que fuera un insecto, prosiguió sin variar su ruta una sola décima de grado.

—Os voy a fastidiar —gruñó para sí.

Le extrañó que cuando se acercaba al lugar donde estaba aquella nube de insectos no saliera una vanguardia a atacarle, ataque que sería infructuoso porque los bichitos se estrellarían contra el cristal o el aluminio-plástico. Las rejillas de aireación y purificación impedían que ninguno de ellos se colase dentro del vehículo.

La gata de Angora maulló recelosa, arrugando su hociquillo al mirar hacia la masa de insectos.

—No temas, «Sejet», no nos harán nada. ¡Diablos! ¿Qué es lo que ocurre? —exclamó de pronto.

Echó mano a sus prismáticos y se los llevó a los ojos.

Pegado al suelo, rodeado por aquel enjambre de insectos que semejaban voraces langostas, había un ser cuya forma no se podía determinar puesto que estaba cubierto por una masa oscura y movediza de insectos.

Temiendo no llegar a tiempo, aceleró.

Una banda de langostas golpeó el cristal al saltar furiosas contra él por su intromisión en lo que parecía su festín.

No detuvo el atom-hover-craft hasta situarlo encima mismo de la víctima de los insectos, arriesgándose a aplastar el cuerpo que vacía inmóvil sobre el suelo marciano.

Los potentes chorros de aire del atom-hover-craft golpearon el suelo y el cuerpo caído se agitó. Los insectos, por la fuerza de los chorros del aire, salieron despedidos en todas direcciones y se elevaron por el costado del vehículo, mezclados con el polvo.

Las grandes langostas estaban furiosas y arremetían contra el atom-hover-craft.

—Bichos del demonio, los chorros de aire os mantendrán a raya, pero tengo que bajar de este cacharro para rescatar al desgraciado que está debajo y que posiblemente sólo sea un cadáver, pero ¡qué diablos!, les haré la mala faena de dejarles sin festín. Lo malo es que no sé qué voy a hacer con un muerto por compañero de viaje. Bueno, lo sepultaré unos kilómetros más lejos. «Sejet», tendré que ponerme ropa apropiada y salir con el gasicida. Tú te estarás quietecita aquí hasta que recupere ese cuerpo.

Los chorros de aire mantuvieron a los insectos apartados de su presa.

Se puso un traje anti-tormentas de arena que podría resistir unos minutos las embestidas de las voraces langostas y tomó la botella de gasicida mientras la gata de Angora lo miraba con recelo.

—Voy a dejar este cacharro detenido junto a ese desgraciado. Abriré la puerta, saldré a buscarlo y volveré a entrar. Todo se ha de hacer deprisa, antes de que el vehículo se me llene de langostas asesinas, aunque no voy a poder impedir que alguna se cuele aquí dentro.

El propio atom-hover-craft había quedado rodeado por la nube de langostas marcianas. A cierta distancia no se podría distinguir el vehículo, sólo se vería el enjambre de insectos.

En hábil maniobra, apartó el atom-hover-craft, pero no se separó del cuerpo caído más de tres o cuatro pies. Hizo descender el aparato hasta tocar el suelo, frenando los chorros de aire.

Las furiosas langostas, al no verse atacadas, volvieron a caer como una nube sobre el cuerpo caído.

Aquiles Cromwell abrió la portezuela del vehículo y saltó, enviando un chorro de gas insecticida sobre el cuerpo de la víctima en el que se habían vuelto a amontonar los hambrientos insectos.

Varios millares cayeron muertos instantáneamente, formando una alfombra blanda y viscosa.

Aquiles Cromwell, que se había apresurado a cerrar la portezuela, lanzó más gas insecticida en derredor, manteniendo en parte a raya a las langostas asesinas que también se lanzaban sobre él.

Se inclinó sobre aquel ser caído que llevaba un amplio casco y no se entretuvo en mirarlo, lo haría cuando estuvieran dentro del atom-hover-craft, había que actuar muy aprisa. El cuerpo no pesaba demasiado.

Gaseó la puerta por su lado exterior y la abrió después.

Aquiles Cromwell tosía, pues no llevaba sistema vital de aire autónomo a la espalda. Los insectos seguían atacándole y, como pudo, introdujo el cuerpo recuperado del suelo marciano dentro del vehículo.

Una bota quedó atravesada en el quicio de la puerta y las langostas intentaron entrar.

«Sejet» saltaba maullando contra algunos de los insectos que habían conseguido filtrarse en el interior del hover-craft. Por lo menos una docena de grandes langostas estaban agarradas al pelaje blanco de la gata.

Jaló del cuerpo que estaba recuperando y que no hacía ningún movimiento, parecía exánime. Cuando hubo cerrado la puerta, gaseó a «Sejet» y ésta brincó en el aire. Se le desprendieron las langostas, ya muertas, y la gata comenzó a estornudar.

—Lo siento, «Sejet». Ahora airearemos esto, yo también tengo tos.

Gaseó todo el interior del vehículo hasta asegurarse de que no quedaba ninguna langosta viva; pero el gas no dejaba ver nada y provocaba una tos convulsiva.

Tras medio minuto de aguantar aquel gas insecticida que por su composición resultaba muy fuerte y algo tóxico para animales y personas, al tacto, pues no veía nada, puso en marcha la aireación y limpió la atmósfera.

Lo primero que vio fue a la gata tendida, como muerta.

—«Sejet», «Sejet», arriba.

Pulsó un botón de oxigenación revulsiva y se encaró con el cuerpo que había rescatado de los insectos que zumbaban furiosos en el exterior, arremetiendo contra la carrocería.

Lo que cubría la cabeza de aquel ser no era un casco vulgar sino un yelmo espacial y el traje, bastante bueno, estaba roído en parte, aunque las langostas no parecían haber conseguido traspasarlo todavía.

—Diablos, parece que he llegado a tiempo, pero si las langostas no le han hecho nada, ¿por qué no despierta?

Sujetó el yelmo espacial entre sus manos, apartando con los brazos una docena de langostas muertas, e hizo girar el casco hasta que éste cedió.

Jaló de él, desprendiéndolo del resto del traje, y entonces se desbordó una espesa y esponjosa cabellera rojiza que había estado encerrada dentro del yelmo.

Aquiles Cromwell no estaba seguro si era producto de la irritación de sus ojos a causa del gas insecticida con el que había llenado el vehículo o lo que estaba viendo era realidad.

Aquella mujer de piel blanca era de una belleza impresionante. Tenía los párpados cerrados y aunque leve y casi imperceptiblemente, respiraba.

Era obvio que la hermosa pelirroja tenía dificultades de supervivencia y las langostas no habían llegado hasta su cuerpo.

La fuerte oxigenación reactiva actuó beneficiosamente y la mujer tuvo unos leves movimientos reflejos.

Cromwell se aplicó a la tarea dé quitarle el traje de supervivencia que la aprisionaba, un traje que la había salvado de ser devorada por las asesinas langostas marcianas.

La mujer vestía una casaca con mangas, de color negro muy brillante, como si tuviera hilos de plata en el entramado. Debajo sólo llevaba unas ajustadas panties que apenas sobresalían del ajustado faldón de la casaca cuya cintura oprimía un amplio cinturón de piel.

Dentro del traje espacial llevaba botas de media caña que parecían de oro, aunque, como era lógico, no eran de este metal, sino de algún material parecido a la piel, aunque la parte frontal de las mismas y que protegía las espinillas, estaba endurecida.

Si el rostro y el cabello eran hermosos, no lo resultaba menos el cuerpo que se hallaba empapado de sudor, un sudor que, al no haber podido escapar del interior del traje, se había licuado en todo el cuerpo y acumulado en las partes bajas del traje. Podía decirse que había dos o quizá tres kilos de líquido.

—Pobre, estás deshidratada —comentó al observar aquello.

Tomó una toalla y la secó como pudo al tiempo que cogía un bote de cerveza. Le hizo saltar Ir argolla y acercó el refrescante líquido a aquellos labios que comenzaban a moverse buscando agua.

La gata de Angora se había recuperado también y se acercó, mirando como extrañada la pelirroja cabellera femenina.

—Es hermosa, ¿verdad, «Sejet»? Por poco se muere deshidratada si es que no la llegan a devorar antes las malditas langostas que están ahí afuera.

La mujer tosió, quizá sorprendida por el líquido frío que había llegado a su garganta, pero aún no abrió los ojos. Estaba muy débil.

Aquiles Cromwell le hizo tragar un bote entero de cerveza, que tras la primera sorpresa, sorbió sin demasiadas dificultades, aunque prosiguió con los ojos cerrados y toda ella sin fuerza, caídos los brazos casi como un cadáver, pues no se podía decir que lo fuera; tenía la piel cálida, su corazón palpitaba y no presentaba rigidez alguna.

Acondicionó el asiento de acompañante junto con el posterior como cama y la tendió para que se fuera reponiendo. «Sejet» le tocó el pelo rojizo con su pata.

—No vayas a asustarla, «Sejet».

Aquiles Cromwell puso de nuevo el vehículo en marcha y se alejó de aquel inhóspito lugar.

Los insectos le siguieron durante un trecho; luego, impotentes, optaron por abandonar su persecución.

Aquiles Cromwell siguió adelante sin detenerse. Quería llegar a un lugar donde no estuvieran a la vista las asesinas langostas marcianas para poder detener el vehículo y limpiarlo de las langostas muertas.

Al fin, paró. Se apeó y estiró sus piernas.

La mujer pelirroja, bella desde los cabellos a los pies, seguía

tendida en la cama plegable y funcional del vehículo. «Sejet» saltó al exterior y también estiró sus uñas.

Aquiles tomó un aspirador y limpió de langostas muertas el interior del atom-hover-craft. Sacó la bolsa de plástico del aspirador y la lanzó fuera, lejos de donde estaba. Tomó el yelmo espacial y lo observó atentamente.

El cristal estaba algo erosionado, como de haber golpeado contra piedras y rozado con la arena, pero quizá la causa de haberse visto opaco era la excesiva sudoración deshidratante de la mujer.

La gata regresó de hacer sus necesidades y al ponerse frente a Aquiles, le maulló:

—¿Qué te sucede, «Sejet», tienes celos? —le preguntó con el casco en la mano.

Más, al mirar a la gata se dio cuenta de que ésta no le observaba a él que estaba sentado sobre una roca, sino que miraba por encima de él. Eso le hizo girar la cabeza.

—¡Diablos! —exclamó sin poderse contener.

La mujer pelirroja, alta, esbelta, algo delgada pero perfecta en sus curvas femeninas, estaba mirándole. Aquiles Cromwell se puso en pie despacio; no había visto jamás a una mujer tan hermosa como aquélla, impresionaba, cortaba la respiración.

Ella permanecía callada, observándole, y lo que dejó más sorprendido al hombre fueron sus ojos, muy grandes, de pupilas color púrpura.

—Tú eres terrícola, ¿verdad? —dijo con el idioma de Aquiles Cromwell, pero con un acento extraño, nunca oído hasta entonces. Sin embargo, resultaba agradable.

—Sí, soy un terrícola. Y tú, ¿quién eres?

—Soy Rea.

—¿Rea es un nombre?

—Sí, es mi nombre.

—Tú no eres terrícola. Tus ojos púrpura no son terrícolas y tampoco había visto nunca un yelmo como éste.

—Es cierto, no soy terrícola.

—¿De dónde eres?

—De Tritón. Así es como vosotros llamáis a mi planeta.

—¿Un planeta llamado Tritón? Aguarda... Eso es uno de los satélites naturales de Neptuno, ¿no?

—Sí.

—Neptuno está muy lejos.

—Sí.

—¿Y tú dices que eres de Tritón?

—Sí, de allí vengo.

—Pero, ¿cómo has llegado a Marte, y tu nave?

—Se ha marchado.

—¿Quieres decir que te ha abandonado en el desierto de los insectos, donde por poco te mueres?

—Es cierto, he estado a punto de morir, no tenía agua ni alimentos. Estaba agotada y ya no tenía fuerzas cuando una nube de insectos me atacó. Quise liberarme de ellos pero me fue imposible. Me arrastré por la tierra, pero ellos me impidieron continuar. No veía nada, absolutamente nada. Creí que era el fin, pero ahora he despertado. Bueno, he tenido la sensación de que me daban a beber algo raro.

—Era cerveza —le aclaró Aquiles—. Es buena para recuperarse. Por cierto, que esas langostas se te hubieran comido viva de no pasar yo por dónde estabas.

La actitud de Rea parecía sincera; sin embargo, Cromwell no olvidaba que aquella mujer era una extraña para él, que venía de un satélite natural desconocido totalmente por los terrícolas que no se habían aventurado todavía más allá de algunas de las lunas de Júpiter.

—Este desierto es muy peligroso, un lugar por el que nadie pasa.

—¿Y tú por qué pasabas? —inquirió con un extraño acento.

—¿Yo? Bueno, quería probarme a mí mismo que se podía cruzar de oeste a este sin peligro.

No quiso explicarle que era para meditar sobre el camino que

debía tomar para su futuro.

—¿Qué harás ahora?

—¿Hacer, sobre qué?

—Sobre mí. Soy tu prisionera, ¿no?

—¿Mi prisionera? —Enarcó las cejas un tanto desconcertado; luego sonrió—. Todos los terrícolas no somos feroces cazadores de extraterrestres. No, no eres mi prisionera, aunque si te presento como a una alienígena, vamos a tener problemas. Habrá que pensar algo.

. —¿Pensar algo para qué?

—Para salir de este atolladero. ¿Cuándo vendrán los tuyos a recogerte?

—Nunca.

—¿Nunca, es cierto eso?

—Sí. Fui juzgada, condenada, sentenciada y ejecutada la sentencia.

—Diablos, tendrás que contarme todo eso. No es que sea duro de mollera, pero una historia así no me la habían explicado nunca. ¿Sabes, Rea?

—¿Qué he de saber?

—Pues que estoy en el desierto de los insectos y este lugar juega malas pasadas. Ya sabes, espejismos, y si no lo sabías, ahora lo sabes.

—¿Crees que soy algo imaginado por tu mente?

—Pudiera ser. La verdad, hemos encontrado seres vivientes en otros planetas, pero nunca con inteligencia y evolucionados. No me iba a tocar a mí la suerte de tropezarme con una alienígena y de tu belleza. Es para dudar de la mollera de uno.

—Si crees que soy una ilusión, recuerda que me has salvado de los insectos asesinos.

—Eso puede ser parte del sueño.

—Entonces, extiende tus manos y tócame.

La había tocado con anterioridad. Según creía recordar, pues pensaba que todo era producto de un sueño, la había secado con una

toalla; sin embargo, la invitación ahora era distinta.

Levantó las manos y con las yemas de sus dedos palpó su curva anatomía. Sintió algo como una amalgama de cosquillas y electricidad y no le cupo duda.

—Es cierto, no eres una pesadilla del desierto de los insectos.

CAPÍTULO III

Aquiles Cromwell dispuso un pequeño campamento junto a su atom-hover-craft.

Del mismo había sacado un cable extensible y colocó un farol insecticida que espantaba a los insectos. Puso unas tumbonas de viaje, plegables, y separados por una mesita en la que había preparado alimentos, él y Rea contemplaban las estrellas a través del límpido cielo marciano.

No se movía una sola mota de polvo; el viento estaba quieto y hacía un ligero frío. Durante un par o tres de horas, el suelo despediría el calor absorbido durante el día; después tendrían que meterse en el vehículo para escapar al frío.

—Tengo sed —dijo ella.

—Es lógico, estás en parte deshidratada. ¿Prefieres agua o cerveza?

—¿Cerveza es lo que me diste mientras estaba algo inconsciente?

—Sí.

—Pues dame cerveza, quiero ver qué tal sabe ahora.

—Bien, pero ándate con cuidado, esta cerveza es fuerte.

—¿Qué significa eso?

—Pues, que tiene una alta graduación de alcohol para ser

cerveza. En realidad, está prohibido consumir este tipo de bebidas en las colonias terrestres en Marte, pero mi amigo y socio, Trinidad Clark, no sé cómo se las arregla para llenar siempre los frigoríficos con estos botes; mercado negro.

—¿Mercado negro?

—Quiere decir comprar algo en forma un poco ilegal. No es malo, no creas. Se prohíbe algo y siempre salen pillos o picaros, como mejor lo entiendas, que se ponen a vender lo que está prohibido, arriesgándose a ser atrapados por la ley.

—¿Tú eres un terrícola proscrito y delincuente?

—¿Por comprar cerveza en el mercado negro? —Soltó una carcajada—. Oh, no, eso de proscrito y delincuente, lo dejamos para hechos más graves. Esto es una chiquillada. Si vivimos tan asépticamente que no podemos permitirnos un pequeño vicio o placer, mejor nos morimos. Ahora, háblame de ti. Soy tu amigo, tú no eres mi prisionera. Te ayudaré en lo que pueda y te recomiendo que no vayas a una colonia terrícola y digas que eres de Tritón, una de las lunas naturales de Neptuno.

—¿Por qué?

—Me temo que te meterían en una jaula de cristal y pondrían sobre ti un microscopio gigante para observarte muy detenidamente.

—¿Sería prisionera?

—Aunque no emplearan esa palabra, en el fondo y en la forma sí lo serías. Los terrícolas somos un poco raros. Por cierto, ¿cómo sabes mi idioma?

—Conocí a un terrícola.

—¿Un terrícola, dónde?

—En Tritón.

—¿Tritón, un terrícola en Tritón?

—Sí, se llamaba Nick Johnson.

—¿Nick Johnson? ¡Ese era un mayor de las fuerzas astrales! Creo recordar que en una misión de exploración hacia Saturno desapareció con otros tres astronautas.

—Perdieron el control y pasaron de largo de Saturno, creo que

un meteorito dañó su nave. Después, ya camino de Neptuno, cuando se les habían agotado los alimentos y el oxígeno, una nave de vigilancia de Tritón les descubrió y enganchó su nave. Hubo un pequeño combate y dispararon sobre la nave terrícola.

—¿La destruyeron? ¿No dices que le conociste, es que él se salvó?

—Sí, se salvó. La nave tomó suelo tritoniano y fue hospitalizado hasta su curación. Era un terrícola parecido a ti, macho y fuerte.

—¿Era, por qué era?

—Fue condenado a morir.

—¿Condenado a morir por las autoridades de Tritón?

—Sí.

—¿Por ser terrícola?

—Sí.

—Entiendo. ¿De qué delito se le acusó, de espiar a Tritón cuando iría a la deriva espacial?

—No, fue por… —dudó.

—Sigue, ¿de qué le acusaron? Estamos solos, nadie puede oírnos aquí y te doy mi palabra de terrícola, aunque no sé qué valor puede tener eso para ti, de que no diré nada a nadie que tú desees que abra la boca.

—Se matrimonió clandestinamente con mi hermana Landy, pese a que le estaba prohibido.

—Diablos… ¿Y lo atraparon con las manos en la masa, es decir, descubrieron la boda de tu hermana?

Ella sonrió con amargura.

—Ese amor entre el terrícola Nick Johnson y Landy tuvo su fruto. Mi hermana quedó embarazada y al hacerse patente su estado, fueron descubiertos. La ira se desató en Tritón, y la ira en mi planeta es implacable y despiadada. Nick Johnson fue detenido y juzgado.

—Y tú, ;por qué? ¿Es que los hombres de Tritón tenían tantos celos que temían que tú…?

—Los hombres de Tritón no mandan, la ira fue de mi hermana Olandoria.

—¿Tu hermana Olandoria, les denunció ella?

—Ella es la reina de Tritón.

—Diablos... ¿Tú eres hermana de la reina de Tritón?

—Lo era.

—Lo eres, todavía estás viva.

—He sido desposeída de todo derecho y desterrada a este mundo que es Marte, conquistado por los terrícolas. He sido abandonada a mi suerte en este desierto para que muriera y los terrícolas me encontraran ya cadáver, sin que jamás por mi boca pudiera salir la verdad de lo sucedido en Tritón.

—¿Por qué no te mataban entonces? Se hubieran asegurado que no ibas a contar la verdad al resto del universo.

—Porque el consejo de las mil madres votó porque se me perdonase la vida. Olandoria me sentenció entonces a ser desterrada en Marte, pero en unas circunstancias en que mis posibilidades de supervivencia fueran prácticamente nulas.

Rea bebió la cerveza hasta dejar el vaso seco, a excepción de la ligera espuma que quedaba adherida a él. Luego, se lo tendió a Aquiles Cromwell y pidió:

—Dame más.

—Será mejor que tomes agua, la cerveza es fuerte.

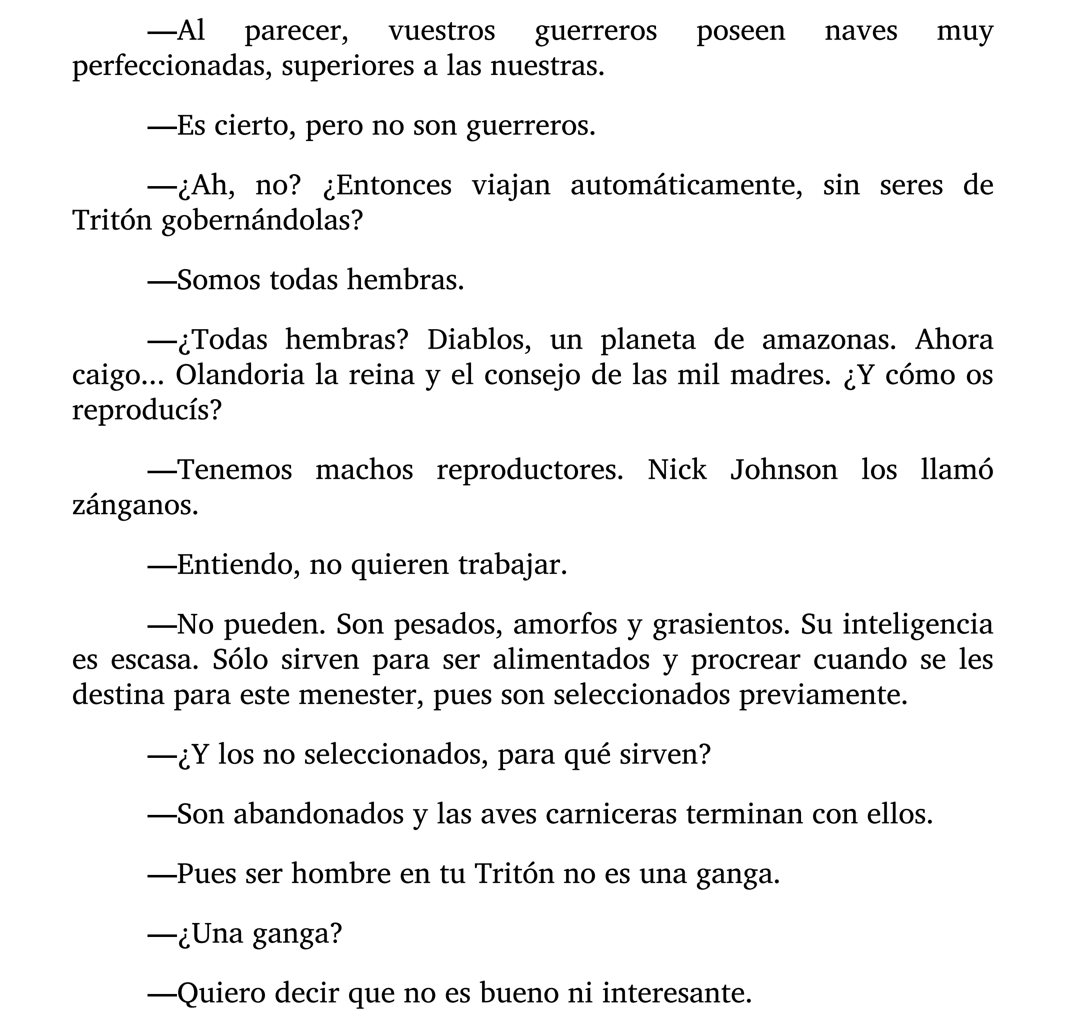
—Tu cerveza tiene un gusto amargo, pero cuando se acostumbra una a su sabor, refresca. Quiero cerveza y no agua.

—Diablos con la tritona... ¿0 cómo he de llamarte?

—Rea, soy Rea, la desterrada, la condenada a morir en el desierto de los insectos. Te debo la vida, terrícola.

—La vida siempre acabamos debiéndonosla unos a otros, hay que ayudarse mutuamente; pero, sigue con tu historia, es muy interesante.

—Olandoria es déspota, muy despiadada y mala. Odia a los terrícolas hasta la muerte.



—Al parecer, vuestros guerreros poseen naves muy perfeccionadas, superiores a las nuestras.

—Es cierto, pero no son guerreros.

—¿Ah, no? ¿Entonces viajan automáticamente, sin seres de Tritón gobernándolas?

—Somos todas hembras.

—¿Todas hembras? Diablos, un planeta de amazonas. Ahora caigo... Olandoria la reina y el consejo de las mil madres. ¿Y cómo os reproducís?

—Tenemos machos reproductores. Nick Johnson los llamó zánganos.

—Entiendo, no quieren trabajar.

—No pueden. Son pesados, amorfos y grasientos. Su inteligencia es escasa. Sólo sirven para ser alimentados y procrear cuando se les destina para este menester, pues son seleccionados previamente.

—¿Y los no seleccionados, para qué sirven?

—Son abandonados y las aves carniceras terminan con ellos.

—Pues ser hombre en tu Tritón no es una ganga.

—¿Una ganga?

—Quiero decir que no es bueno ni interesante.

—Ellos no se dan cuenta de lo que les pasa, son como cretinos.

—¿Todos nacen así?

—Sí, es una maldición que se pierde en la noche de los tiempos en Tritón. Todos los machos nacen con esas características.

—¿Y las mujeres salen tan hermosas como tú?

—Sí, las mujeres somos más o menos parecidas. Estudiamos, trabajamos, somos soldados y policías.

—Sois las dueñas de Tritón. ¿Y qué pasó con el hijo de Nick Johnson, también salió cretino, grasiento y amorfo?

—Olandoria lo condenó a que no naciera, por ello sentenció a muerte a los dos culpables, es decir, a Nick Johnson y a Landy.

—¿Y por qué te sentenciaron a ti?

—Yo conocía ese amor. Todavía era una niña adolescente cuando llegó Nick Johnson, el terrícola. Se le dejó en libertad para que conociera nuestro planeta y pudiera vivir en él. Eso no gustó a Olandoria, pero así lo decidió el consejo de las mil madres.

—Supongo que es algo así como un senado o un parlamento.

—Eso es lo que decía Nick Johnson, pero bajo el mando, aunque no absoluto, de la reina. Yo sorprendí el amor entre Landy y el terrícola; Landy, llorando, me pidió que no dijera nada y desde aquel momento fui la encubridora. Eso se supo después y por ello me juzgaron y condenaron.

«Sejet» saltó sobre el regazo del hombre y allí estilada, se quedó mirando fijamente a Rea.

—En Tritón tenemos también animales como ese, aunque son un poco diferentes. Nick les llamaba gatitos.

—Esta es una gatita.

—Las orejas de los gatitos de Tritón son más grandes y están manchados. Nick decía que eran como pequeños leo…leonardos terrícolas.

—Leonardos, no, diría leopardos.

—Eso es, gatitos leopardos.

—¿Y se domestican?

—Sí, pero también hay salvajes y son muy fieros.

—Me gustaría ir a Tritón para ver tu planeta y conocer a tu despiadada hermana.

—Te sentenciaría a muerte.

—Es posible, aunque algún día las naves terrestres irán a Tritón y tu hermana no podrá evitarlo, a menos que nos declare la guerra abiertamente, y sería una guerra interplanetaria. La verdad es que nosotros los terrícolas siempre hemos pensado en una guerra interplanetaria.

—Olandoria, nuestra reina, asegura que jamás podréis invadir Tritón. Sois hombres y por tanto, inferiores.

—Nos ha salido segregacionista de sexo tu dichosa hermanita. Pues has de saber que entre los terrícolas, hombres y mujeres tenemos idénticos derechos, aunque hay que admitir que la mayor parte de aventureros y guerreros somos hombres.

—Eso es lo que contaba Nick Johnson y muchas no le creíamos; parecía imposible.

—Comprendo que os pareciera imposible en un planeta matriarcal en todos los conceptos.

—Vosotros, los hombres terrícolas, nada tenéis que ver con los hombres de Tritón. No os parecéis a ellos en absoluto.

—¿Y salimos ganando?

Ella sonrió ligeramente y bebió más cerveza.

—Yo, a mi manera, también me enamoré de Nick Johnson —confesó.

—¿Te enamoraste, es que las tritonas sabéis lo que es el amor?

—No, en general, pero Nick nos lo explicó. Nos dijo lo que experimentaban las mujeres y hombres terrícolas al sentirse atraídos los unos hacia los otros. Olandoria estaba presente cuando contaba esos detalles y le prohibió tajantemente hablar más de ese asunto, pero yo comprendí que amaba un poco a Nick Johnson.

—Sin embargo, tú todavía no...

—Si te refieres a que no he sido madre, es cierto, aún no he sido destinada a ser madre, es decir, ya no lo seré jamás puesto que estoy desterrada. Nick Johnson sólo amó de verdad a Landy. Yo, hace dos años, sólo era una niña.

—Es una historia ciertamente fantástica. ¿Te gustaría regresar a Tritón?

—¿Para qué?

—¿Le tienes miedo a tu hermana, la reina Olandoria?

—Es implacable. Si viera otro terrícola en Tritón, lo mandaría ejecutar de inmediato.

—Es de temer, pero ¿no crees que las mujeres de Tritón cambiaríais si los terrícolas llegaran allá?

—Nos invadiríais.

—Eso, seguro, totalmente invadidas, pero sería pacífica y amorosamente.

—Perderíamos nuestra libertad —objetó ella.

—Vuestra libertad, no, perderíais vuestra hegemonía, es decir, abandonaríais ese mando absolutista y demagógico. En la Tierra, hace siglos, las mujeres sí estabais sometidas, pero comenzó un movimiento de liberación femenina que a lo largo del tiempo y con muchos esfuerzos y sacrificios llegó a cuajar totalmente. En nuestro gobierno hay mujeres; en cambio, en el vuestro, no hay hombres.

—Desde la noche de los tiempos siempre han mandado las mujeres en Tritón.

—¿Cuánto es la noche de los tiempos, una generación, dos generaciones, un siglo, milenio?

—No lo sé. Todo está escrito en la tumba de Imenea.

—¿Y quién fue Imenea?

—La diosa de nuestro pueblo, de nuestra civilización, la madre de nuestro planeta al que, por adoración de Imenea, llamamos Imen.

—¿Imen, entonces sois imenitas?

—Sí, nosotras le llamamos Imen y vosotros, Tritón. Todo lo que fue dicho y escrito en lo que nosotras llamamos la noche de los tiempos, está allá abajo en el templo de la diosa Imenea, guardado y bien guardado. Sólo nos es dado conocer la ciencia y la técnica.

—Comprendo, no la filosofía y la historia.

—Nick nos habló de ello, él contaba tantas cosas interesantes que Olandoria llegó a coger celos y dijo que era un peligro para nosotras, que nos volvía débiles escucharle y la demostración de nuestra debilidad fue lo que le ocurrió a Landy.

—Eso no fue debilidad, sino algo bello y hermoso, si es que no existía peligro en la unión de una mujer de Tritón y un terrícola, me refiero a la posibilidad de engendrar seres deformes.

—Eso ya nunca podrá saberse, porque ese niño no nació.

—¿Y quién tiene acceso a la tumba de Imenea?

—Sólo la reina y la gran sacerdotisa. El templo está guardado por mujeres-soldado y el camino hacia la tumba, un camino que según se dice es laberíntico, está custodiado por los slavonitas.

—¿Slavonitas? —repitió Aquiles sin comprender.

—Sí. Nick Johnson decía que eran como perros terrícolas, pero más inteligentes.

—¿Perros?

—Bueno, lo decía porque vigilaban. El nos dibujó unos perros, pero no eran iguales que los slavonitas, que vuelan como los pájaros aunque no tienen plumas.

—¿Como quirópteros?

—¿Quirópteros?

—Bueno, en la Tierra, a esa clase de bichos los llamamos murciélagos. Una variedad de ellos se denominan vampiros y hay muchas leyendas al respecto porque son hematófagos, es decir, se alimentan de sangre.

—Los slavonitas son carnívoros. Proceden del otro satélite de Neptuno, al que vosotros llamáis Nereo. Son muy fieros y grandes como nosotras aún sin extender sus alas. Poseen garras que matan y poderosos picos ganchudos. Son muy vigilantes. Muchos de ellos son ciegos, aunque cumplen su misión a la perfección en las tumbas y corredores subterráneos del gran templo. A los slavonitas se les captura de pequeños, pues no se reproducen en cautividad, y se les adiestra para la misión que han de cumplir. Ellos son los que habitan en el subsuelo del templo de la diosa Imenea. En los días de gran silencio, en el templo se puede escuchar los prolongados y agudos chillidos que profieren estas bestias y que traspasan el suelo pétreo del templo. Ninguna imenita se atreve a bajar a esos lugares. Incluso, la reina y la gran sacerdotisa sólo bajan en raras ocasiones. Se dice que algunas reinas no han descendido ni una sola vez a la tumba de Imenea en todo su reinado.

—Quizá allá abajo está la verdadera liberación de las mujeres de Tritón.

—¿Liberación? Si ya estamos liberadas, somos las que ostentamos el poder y todo lo demás.

—Sois esclavas de un sistema que os perjudica más que os beneficia. No sois libres cuando no podéis escoger el amor. Sólo

viviendo un tiempo con los terrícolas podrías comprenderlo, y no es que nosotros hayamos alcanzado la civilización perfecta, ni mucho menos.

—Me gustaría comprobar si es cierto lo que dices.

—Yo te llevaré por el mundo de los terrícolas y lo verás por ti misma, pero has de hacerme una promesa.

—¿Promesa?

—Sí, no le dirás a nadie que eres de Tritón. Yo te prepararé una documentación que te sirva, para eso recurriré al mercado negro y no serás molestada.

Rea miró al terrícola con sus grandes ojos púrpura y asintió.

—Te lo prometo, confío en ti. Después de todo, mi vida es tuya, me has salvado de la muerte.

—No sigas recordándomelo, podría arrogarme derechos sobre ti que no serían justos.

Aquiles Cromwell tomó un bocadillo, sentía hambre. Miró a las estrellas y dijo:

—¿Sabes, Rea? Me gustaría bajar a esa tumba y hurgar en la historia que tú dices se pierde en la noche de los tiempos.

—Imposible, un hombre jamás llegaría allá abajo.

—Yo no soy un hombre de Tritón sino un terrícola. ¿Qué posibilidades tengo de llegar a Tritón?

—Ninguna. Vuestras naves interplanetarias son atrasadas, comparadas con las nuestras.

—No lo creas, hemos evolucionado desde la desaparición de Nick Johnson. Sería bueno que un terrícola se adelantara para preparar futuros encuentros entre los habitantes de Tritón y la Tierra. Ese contacto, a la corta o a larga, no habrá quien lo impida. Los terrícolas somos muy curiosos y siempre estamos con un pie hacia delante, claro que para conseguir llegar a Tritón habría que poseer una nave interplanetaria y, ¿por qué no decirlo?, ciertos informes relativos al sistema de vigilancia de vuestro planeta.

—¿Y tú quieres que yo te lo diga?

—¿Por qué no?

—Sería una traidora a mi gente.

—Si estás desterrada y supuestamente muerta, no serías una traidora. Además, yo no pienso hacer la guerra sino la paz y el amor y eso es bonito.

—El amor es lo que le costó la vida a Nick Johnson —puntualizó Rea.

—Estoy dispuesto a afrontar todos los riesgos si tú me ayudas.

—Creí que hablabas en broma al decir que querías ir a Tritón.

—No, no es broma, me parece algo muy interesante, pero antes te enseñaré a ti nuestro mundo. De esta forma, podrías contar por tus propios labios cómo somos los terrícolas, hombres y mujeres.

—Si regreso a Imen… —vaciló.

—¿Qué?. Después de todo, la sentencia contra ti ya ha sido ejecutada, ahora vuelves a ser libre.

—Olandoria no perdona.

—Podrías recurrir al consejo de las mil madres.

—Sí, pero lo más probable sería que fuéramos ejecutados. Los terrícolas en Tritón han sido malditos públicamente.

—Me arriesgaré a hacerles cambiar de opinión, si es que tú quieres ayudarme a mí y a tu pueblo.

—Haré todo lo que tú me pidas, terrícola. A partir de ahora, todo el tiempo que viva te lo deberé a ti —dijo muy despacio, como si le costara articular las palabras.

Aquiles Cromwell siguió comiendo, reponía fuerzas. Cuando terminó, sintió frío.

—Será mejor que nos vayamos dentro del vehículo —le dijo viendo que «Sejet», la gatita de Angora, ya se había refugiado dentro del atom-hover-craft.

Rea no respondió; dormía plácidamente.

—La cerveza, la cerveza, ya decía yo que si no estabas acostumbrada… Ese diablo de Trinidad Clark siempre compra la más fuerte que encuentra en el mercado negro.

Levantándose, tomó a Rea entre sus brazos y la llevó al interior del vehículo.

Quizá ella no sabía aún que allí, bajo las estrellas, podía morir helada.

CAPÍTULO IV

A Trinidad Clark casi se le saltaron los ojos de las órbitas al ver a Rea.

—¡Por los cuernos de Júpiter, Aquiles Cromwell! ¿De dónde has sacado este ejemplar? Ya sabía yo que te traías algo entre manos cuando escapaste de mi lado.

—Rea, te presento a Trinidad Clark, es el sujeto menos recomendable que puedes encontrar. No debes confiar en él en absoluto, te vendería por unas pocas monedas.

—¡Por Satanás, Aquiles Cromwell, me estás dejando como un trapo sucio y no habrá quien me recoja después! No le hagas caso, preciosa, este Aquiles Cromwell sí que no es de fiar y si lo aguanto es porque soy piadoso. Para mí es como si me lo hubieran recomendado en la maternidad. Soy tan blando que doy asco, lo sé, por ello siempre ando cuidándole. Diablos, Rea, qué ojos tienes, son de color rojo púrpura...

—Lleva unas lentillas filtrantes —mintió Aquiles para salvar la situación.

Trinidad Clark se adelantó hacia la joven. Casi tocándola, preguntó:

—¿Tienes pupita en los ojos, preciosa?

—Cuidado, Trinidad Clark, no la toques, es coto de caza privado.

—Está bien, está bien, sólo iba a darle un casto besito en la

mejilla. ¿Acaso no puedo besar las mejillas de la chica de mi amigo? Te estás poniendo de un celoso que no hay quien te aguante. —Se volvió de nuevo hacia la muchacha que lo observaba con fijeza tratando de comprenderlo, pues no conocía a ningún terrícola de su clase y tampoco con bigote. Nick Johnson no lo llevaba y tampoco Aquiles Cromwell—. Dime, preciosa, ¿tienes una hermanita?

—Sí.

—¡Ah, ha dicho que sí, estoy de enhorabuena! —Comenzó a saltar, levantando las manos como un niño en día de fiesta—. ¿Y cómo se llama?

—Olandoria.

—¡Se llama Olandoria, ya tengo ligue y vaya ligue!

—Olvídate de Olandoria, Trinidad Clark —recomendó Aquiles.

—¿Es que acaso está muy gorda? —preguntó preocupado.

—No está gorda —dijo Rea, que siempre hablaba con sinceridad.

—Lo que le pasa a Olandoria es que tiene la manía de inutilizar a los tipos como tú.

—Diablos, eso sí que es grave —dijo súbitamente apagado. Sin embargo, rebuscó en sus bolsillos y no tardó en volver a sonreír—. Mira, Aquiles Cromwell, mira qué he encontrado.

—¿Ya te han vuelto a timar?

—¿Timar? Vamos, fíjate, fíjate qué diamante… No es un pedrusco, lo admito, pero es la muestra de que detrás hay un soberbio filón.

—No me digas que has comprado el plano de un yacimiento de diamantes a un gambusino carcamal que estaba solo, sin familia, casi agonizante y que sólo deseaba morir en paz con unos pocos dólares en su bolsillo —preguntó con cansancio.

—Esta vez es diferente, Aquiles Cromwell, muy diferente. Fíjate, por lo menos tiene dos quilates y tengo el plano.

—Y el viejo se ha llevado tus dólares, ¿no es eso? Diablos, mira que eres imbécil y tan listo que te crees, muchacho.

—¡No era un viejo gambusino! —protestó Trinidad Clark airado.

—¿Ah, no? Entonces, ¿por qué te ha vendido el plano del yacimiento para que vayas tú a explotarlo?

—Ha sido una chica. ¿Crees que sólo tú encuentras chicas estupendas? Pues era una chavala y por los cuernos de Júpiter que se te saltaban las bujías nada más verla. Su padre es el gambusino; está viejo y enfermo y necesitaba unos dólares para regresar a la Tierra. No iba a explotar el yacimiento ella.

—Ya, y te ha cobrado el precio del diamante cien veces su valor.

—Eres un desconfiado. Verás como el yacimiento vale la pena, esta vez nos vamos a forrar.

—Tu madre va a ir a perder el tiempo mientras una zorra se ríe a tu costa.

—Oye, Aquiles Cromwell, no consiento que te metas con mi madre —le dijo amenazador.

—¿Por qué, si no sabes quién fue? Te pasa lo que a mí, ambos salimos del orfelinato oficial.

—Si no fueras mi amigo… —resopló—. Pero, ya que no quieres, todo el filón será mío y no voy a dejar que inviertas ni un solo dólar en este negocio.

—¿Es que habías pensado que iba a invertirlo? —le preguntó socarrón.

—¿Son importantes para vosotros esas piedrecitas brillantes?

Ambos miraron a Rea, interesados, aunque Trinidad Clark preguntó extrañado:

—¿Be dónde has salido tú, que no sabes lo importantes que son los diamantes grandes?

Rea abrió un par de botones de su casaca y de debajo de la misma, por el escote, sacó una especie de medallón.

Trinidad Clark soltó un prolongado silbido.

—¡Menuda joya tenías guardada entre tus senos!

El medallón era en sí mismo una gema grande y plana, con reflejos azulados y rojizos según como recibía la luz. Tenía una especie de enrejado de hilo de oro y en el centro sujetaba una piedra preciosa que refulgía.

—¿Eso es un brillante? —preguntó Aquiles Cromwell.

—Nick dijo que lo era.

—¡Si es rojo púrpura como tus ojos! —exclamó Trinidad Clark —. Nunca había visto un brillante de ese color.

—Allí son así.

—¿Allí, dónde es allí? Eh, Aquiles Cromwell, ella nos va a decir dónde ha encontrado ese pedrusco, pero antes hay que asegurarse... ¿Me lo dejas, preciosa?

Rea miró interrogante a Aquiles Cromwell y éste asintió con la cabeza al tiempo que decía:

—No se lo dejes nunca a solas, pero yo estoy delante y si no te lo devuelve, lo descabezo.

—Este Aquiles siempre tan desconfiado. A ver, a ver, déjamelo un poco, es para probar si por lo menos es regularcillo.

Rea se quitó por la cabeza el collar del que pendía aquella extraña joya que el propio Aquiles no había visto antes y que en las profundidades del escote de Rea podía pasar perfectamente escondida sin que se notara.

Trinidad Clark se acercó a los cristales del gran ventanal que daba a una espléndida terraza y dijo:

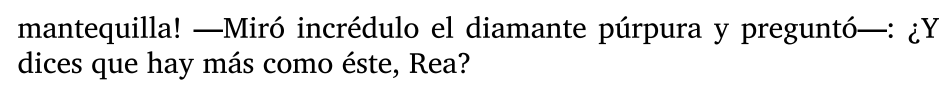
—Ahora veréis lo que es un diamante de verdad y eso que no está tallado del todo. No creerás, Aquiles Cromwell, que iba a dejar que me tomaran el pelo, ya he comprobado que el diamante que me daban con el mapa era bueno. Fijaos, fijaos.

Lo sujetó entre las yemas de sus dedos pulgar e índice para que no se le escapara y lo frotó contra el cristal, haciendo una línea recta. Se escuchó un leve ruido y al apartarlo, dijo:

—Podéis mirar. Ha rayado este vidrio superduro, lo que demuestra que es un magnífico diamante. En cambio éste, que tiene tan buen aspecto, seguro que patina... Fijaos, fijaos.

El ruido fue más rápido y también más penetrante. La mano de Trinidad Clark semejó resbalar sobre el cristal y al mirarlo, quedó estupefacto.

—¡Por los cuernos de Júpiter, si lo corta como si fuera


mantequilla! —Miró incrédulo el diamante púrpura y preguntó—: ¿Y dices que hay más como éste, Rea?

—Sí, muchos más.

Trinidad Clark miró estupefacto a su amigo.

—¿Tú has oído lo que ha dicho?

—Sí, ella es nuestro socio.

—¿Nuestro socio?

—Eso es. Vamos a comprar la Omega-42 a crédito. La equiparemos bien y saldremos dentro de un mes.

—Aquiles Cromwell, ¿es cierto eso de que somos socios los tres y que iremos al lugar donde hay más brillantes púrpura como éste?

—Sí, eso he dicho. —Y miró a Rea—. ¿No es cierto?

—Lo que tú digas, Aquiles.

—¡Esto es magnífico, soberbio!

Trinidad Clark saltó de alegría. Agarró a Aquiles y lo besó en ambas mejillas. Luego hizo lo mismo con Rea, que se quedó sorprendida ante la efusividad del terrícola.

—Oye, caradura, no te pases. Que me hayas besuqueado antes a mí no te da derecho a babearla a ella.

—¡Si no la beso como mujer, sino como a mi socio, nuestro socio! Les enseñaremos este diamante a los de la comercialización de las naves interplanetarias. Oye, ¿y dónde tenemos que ir a buscar estos pedruscos?

—Mira, Trinidad Clark, tú te vas a encargar de las gestiones de compra de la Omega-42 y yo me ocuparé de ciertas cosas del equipamiento. Antes de irnos a por nuestro filón, Rea y yo queremos viajar un poco y pasarlo bien por la colonia vacacional.

—Sí, sí, tú déjalo en mis manos. Cuando les pase este pedrusco por las narices me van a dar todo el crédito que pida y más si les digo que tú eres el comandante de la Expedición. ¿Cómo les digo que se llama Rea?

—A ella déjala al margen, aquí todo es secreto. No vamos a permitir que nadie se nos adelante, ¿verdad, Trinidad Clark?

—Claro que no.

—Bien. Rea…

—¿Sí?

—¿Podemos confiarle a Trinidad Clark tu medallón?

—No quisiera perderlo.

—Ya lo has oído, no quiere perderlo. Si te lo quitar nos buscaremos otro socio y tú . no vas a chupar de es te caldo, ¿comprendido?

—Correcto. No habrá quien me quite este pedrusco ni cortándome las manos, palabra, y lo de la nave déjalo de mi cuenta. Ya sabía yo que no te arrugarías, que lo del filón de diamantes era una menudencia. Sabía que terminarías por traerme algo mejor, siempre he confiado en ti.

Volvió a pasar el brillante púrpura por el cristal de la ventana, haciendo un cuadrado. Golpeó el centro de dicho cuadrado con el dedo corazón, tras sujetarlo con su pulgar a modo de muelle. El trozo de cristal saltó limpiamente, desprendiéndose del resto del ventanal.

—¡Fantástico, increíble! Es supervidrio y fijaos qué agújenlo…

—Si te atrapan aquí vas a tener que pagar todo el cristal. —Aquiles se volvió hacia la joven y tomándola por el brazo dijo con expresión compungida—: Ahora ya sabes quién nos va a acompañar.

—¡Adiós, pareja, yo me cuido de todo, estáis en buenas manos!

«Sejet» se acercó a Aquiles Cromwell y frotó su blanca cabeza contra el pantalón del hombre.

—Hola, «Sejet».

Se inclinó sobre ella y la besó entre sus manos.

—Un momento, Rea.

Se acercó a Trinidad Clark que le miró preocupado.

—¿Qué pretendes, Aquiles Cromwell?

Le puso la gata encima y dijo en tono de orden:

—Te vas a cuidar de ella hasta que regresemos. ¿Comprendido?

—Eh, ¿qué hago yo con la gatita? ¿Si me sale un ligue, a quién se la dejo?

—No temas, no es muy celosa, pero no la metas en la bañera para que os deje tranquilos.

Aquiles Cromwell llevó a Rea al mejor hotel de la colonia vacacional en Marte. Allí había una vegetación muy cuidada, piscinas y clubs nocturnos, y hasta dos magníficas videotecas a las que llevó a la joven tritona para mostrarle, a través de una pantalla a color y tridimensional, las bellezas de la Tierra, su arte, su cultura en general, algo de su historia universal.

Rea demostró una gran inteligencia. Absorbía con gran rapidez todos los datos que sus pupilas púrpura devoraban.

Condujo a la muchacha a un centro comercial y con la tarjeta de crédito, le compró indumentaria nueva para pasar las vacaciones. Rea la aceptó un tanto extrañada, pues en Tritón, al parecer, no había tanta variedad en ropa femenina.

Rea puso mucha atención en observar cómo vivían las mujeres en el mundo de los terrícolas, aunque ella, por su espléndida y exótica belleza, era imán de muchas miradas. Su cabello semejaba fuego cuando oscilaba al caminar.

Por la noche, en un club nocturno, Rea quedó extasiada contemplando el gran espectáculo en el monumental escenario donde músicos y artistas se lucían en una amalgama de color, baile, música y bellezas anatómicas.

—¿Qué clase de ceremonia están realizando, a qué dios va dedicada?

Por encima de la mesa, Aquiles Cromwell le cogió la mano. Sonrió ligeramente y explicó:

—No es una ceremonia, es una diversión, un espectáculo que nos ofrecen para que nos sintamos a gusto. Ellos son profesionales, cobran su trabajo, por eso lo hacen tan bien.

—¿Sólo para divertirse, todo esto no tiene otra significación?

—Pues, no. ¿Te cuesta entenderlo?

—Un poco.

—¿En tu planeta todo ha de tener forzosamente un significado?

—Sí.

—Estaréis muy tristes si todo lo tenéis tan reglamentado, hay que ser más libres, ya te lo dije en el desierto de los insectos. ¿Quieres que bailemos?

—¿Bailar?

—Sí, moverse al ritmo de la música. ¿Tampoco danzáis en Tritón?

—Sí, en las ceremonias.

—Que son religiosas, ya lo sé. Anda, ven conmigo, —La cogió de la mano y la llevó a la pista de baile, pues el show había cesado en parte tras un cerrado aplauso de los espectadores.

Rea, preocupada, miró a un lado y a otro.

—Yo no sé danzar en vuestras ceremonias.

—No es una ceremonia, esto no tiene reglas.

—Es que no sabré hacerlo...

—Cierra los ojos y déjate llevar por la música. Muévete como tu cuerpo te pida, pero has de relajarte.

Rea miró a su alrededor, todo era nuevo para ella. En Tritón, las ceremonias y cada uno de sus movimientos estaban muy reglamentados y tenían sus simbolismos.

Al fin, cerró los ojos y comenzó a moverse al compás de la música. Al principio se sintió rígida, torpe, pero se fue relajando. Las manos de Aquiles Cromwell la ayudaron a ello acariciándola con suavidad, casi obligándola a que se ondulara. Cuando se dio cuenta de que había terminado la música, abrió los ojos.

—¿Ya está?

—Sí, ¿qué tal te sientes?

—Muy bien, pero esta danza es, ¿cómo diría? Muy, muy...

—¿Sensual?

—Sí, creo que es eso. Es tan diferente tu mundo del nuestro... Nosotras apenas sentimos la sensualidad de la que hablaba Nick Johnson y que hizo despertar en mi hermana Landy. Ser madres en

Imen es un deber, no un deseo o placer. Bueno, es goce cuando el hijo nace, es decir, si es hija. Los nacimientos de varones suelen considerarse de escaso interés.

—Vaya, que allí los hombres somos algo así como abortos.

—No tanto, no tanto.

Comenzó una nueva pieza musical y Rea volvió a cerrar los ojos y a bailar.

En aquella ocasión, sintió el cuerpo del hombre que se abrazaba a ella. Bailaron juntos como si lo hubieran estado haciendo toda la vida.

Rea prefirió seguir con los ojos cerrados. Aquello le gustaba, carecía de rigidez, de disciplina. Se movía uno al compás de sus sentimientos y era agradable, muy agradable.

CAPÍTULO V

Trinidad Clark silbaba muy contento mientras conducía el flamante super atom-hover-craft que había adquirido a crédito. Junto a él viajaban Rea y su socio, Aquiles Cromwell.

—¿Qué os parece este cacharro? ¡Completamente silencioso y qué línea! Puede elevarse a veinte pies del suelo para rebasar obstáculos y alcanzar una velocidad de cuatro mil millas, y tiene un radar automático que sube el aparato lo suficiente para rebasar los obstáculos que puedan presentarse. No es una aeronave, por supuesto, pero para eso ya tenemos la Omega-42. ¡Eh, mirad, mirad, allí está, es aquella que brilla tanto! —señaló con su dedo.

Estaban llegando al astródomo terrícola en las colonias de Marte.

Allí había varias naves interplanetarias, pero la más nueva era la Omega-42, adquirida por ellos.

—No se fiaban demasiado, la verdad. Tuve que enseñarles el mapa que me vendieron a mí y explicarles que allí estaban los diamantes púrpura.

—¿Y se lo tragaron? —preguntó Aquiles Cromwell.

—Qué remedio les quedaba, también necesitaban vender su nave, es algo cara. Han subido su precio un veinte por ciento, más un treinta por el crédito.

—Si te descuidas, por el precio de dos te dan una.

—Vamos, vamos, Aquiles Cromwell, todos sabemos que no es lo mismo ir con la «pasta» en la mano que decir: «les pagaré a crédito». Con lo que tú tenías y lo mío junto no nos la hubieran vendido, pero ese brillante púrpura ha sido decisivo. Querían quedárselo.

—No lo habrás dejado en prenda, ¿verdad?

—No, claro que no, no iba a perder mi parte en este negocio. No he olvidado tu amenaza, socio; sin embargo, los de la compañía de astronaves le han hecho muchas fotografías tridimensionales y a color para constatar que no les engañaba. ¿Sabéis una cosa?

—Si no la dices...

—Pues estuvieron a punto de darme la Omega-42 a cambio del brillante púrpura.

—¿Tan elevado precio tiene entre vosotros? —se asombró la muchacha.

—¿Por qué dices entre nosotros? Ni que vinieras de otro planeta —bromeó Trinidad Clark, un tanto molesto.

Aquiles oprimió el brazo de Rea para que no dijera más. El principal vicio de Trinidad Clark era hablar en exceso.

—¿Y qué sucedió luego?

—Les dije que ese brillante no se vendía, que era nuestro amuleto, pero que ya les traeríamos otros iguales. Lo cierto es que alcanza un valor muy elevado por ser pieza única, claro que si traemos un saco lleno de esos pedruscos dejarán de ser únicos, aunque seguirán valiendo mucho. Nadie más va a tenerlos, ¿verdad? —inquirió algo preocupado mientras detenía el super-atom-hover-craft al pie de la gran nave interplanetaria Omega-42.

—No temas, sólo los tendremos nosotros.

—¿Y cuándo me diréis dónde está el filón? —preguntó ansioso, como si estuviera perdido en el desierto de los insectos y muerto de sed.

—Cuando no lo puedas vocear por ahí.

Trinidad Clark miró desconfiado por las ventanillas del vehículo.

—Deberemos ir con cuidado, seguro que nos van a seguir. A los de la compañía se les saltaban los ojos de la cara al ver ese brillante

púrpura. No me extrañaría que a la cola de la Omega-42 tuviéramos pegados, a algunos de esos puercos, queriendo quitarnos el filón.

~Con el manual de la nave en la mano, se introdujeron en la misma, escudriñándola con mucha atención.

Desde la pila nuclear hasta las cabinas-dormitorio, todo parecía estar en orden. El equipo era bastante bueno y Aquiles Cromwell opinó:

—Es el modelo más avanzado que he conocido; no obstante, habrá que subir algunas cosas más.

—¿Qué, diez toneladas de cerveza, whisky y bocadillos liofilizados? —preguntó Trinidad Clark.

—No. Unos cañones Láser, otros super-ultrasónicos y unos lanzadores de proyectiles nucleares de corto alcance, tres o cuatro mil millas, y armas automáticas portátiles de pequeño tamaño.

—Diablos, Aquiles Cromwell. ¿vas a declarar la guerra a alguien? —se asombró Trinidad Clark.

—Nunca se sabe, socio, nunca se sabe, hay que ir prevenidos.

—Me parece que tenéis alguna sorpresa guardada, algo ocultáis y me temo que me voy a enterar de ello cuando sea demasiado tarde.

—Es posible, claro que siempre tienes la posibilidad de quedarte aquí en Marte, así no correrás ningún riesgo.

—A mí no me la juegas, Aquiles Cromwell, yo no me asusto fácilmente. ¿Qué quieres, cañones y armas ligeras? Pues, a comprarlas, pero tendrá que ser en el mercado negro. Los del ejército no te las van a vender, claro que yo conozco a un coronel que...

—Pues ya estás moviéndote. Antes de una semana ha de estar todo listo para la marcha.

—Correcto. .

—Probaremos la Omega-42 dentro de diez horas. Pediremos permiso para despegar.

—¿Y hacia dónde probaremos la nave?

—Orbitaremos Marte y luego iremos a Fobos; le daremos una vuelta y regresaremos. De este modo podremos saber si todo está en orden para viajar.

—¿Ir hasta Fobos y volver? Eso, en sí mismo, ya es un viajecito considerable. ¿Adónde piensas ir después, acaso a una de las lunas de Júpiter?

—No vas demasiado desencaminado, pero no te diré más.

—Está bien, está bien. Siempre había tenido ganas de ir a las lunas de Júpiter; se cuenta que allí hay auténticos filones de minerales muy cotizados.

>Rea, por sugerencia de Aquiles Cromwell, hablaba el mínimo.

En la documentación que el hombre le había proporcionado constaba que había nacido en la Luna. Todo parecía estar en regla o, por lo menos, nadie les había descubierto. De sospechar que Rea era una alienígena, se hubieran complicado mucho las cosas para ellos.

La Omega-42 fue dispuesta para el viaje de pruebas en el que Aquiles Cromwell quería familiarizarse con los mandos.

Dedicó unas horas a estudiar el manual y su alta preparación astronáutica le hizo absorber todos los datos con rapidez. La computadora de a bordo también tenía los datos del manual y se podía acceder a ellos con sólo teclear las preguntas; inmediatamente aparecían en pantalla los datos requeridos.

El despegue no tuvo problemas y menos la orbitación de Marte. Después, se lanzaron a la búsqueda de una de las dos lunas marcianas: Fobos, llegando hasta ella.

Rea no se separaba de Aquiles Cromwell. Le observaba en el manejo de la nave y también porque dentro de ella se había despertado una fuerte atracción hacia aquel hombre que la había besado en la boca, un tipo de caricia que las hembras de Tritón desconocían y que a Rea le había parecido enervante y, paradójicamente, sedante.

Ahora comprendía mejor lo que debía de haberle pasado a su hermana Landy que había terminado matrimoniándose secretamente con el terrícola Nick Johnson. No cabía duda de que entre los hombres de Imen y los terrícolas había un gran abismo, igual que entre ellas y un slavonita, el pajarraco procedente de Nereo, lo segunda luna natural de Neptuno.

Cuando regresaron al astródomo de las colonias terrícolas en Marte, les aguardaban los representantes de la compañía constructora de la Omega-42, que les recibieron muy sonrientes.

—¿Cómo ha ido el viaje, comandante Cromwell? —le preguntaron abiertamente

—La nave es bastante buena, aunque hay que revisar algunos detalles antes de emprender un viaje largo.

—¿Piensa viajar a las lunas de Júpiter? La Omega-42 puede vencer sin problemas la gravedad jupiteriana.

—Sí, creo que puede conseguirlo, aunque habrá que armarla un poco antes de emprender un viaje tan largo.

—¿Armarla? —repitieron algo perplejos los vendedores.

—Sí. He tenido noticias de que han aparecido naves extrañas y no es ningún secreto que existen naves piratas.

—Sí, nosotros también hemos tenido conocimiento de que se ha detectado la presencia de naves extrañas, pero no hemos sabido de ningún ataque.

—Quizá porque aquí podían recibir una respuesta inmediata a la agresión. Sabido es que en Marte hay una base militar astral terrícola; en cambio, si voy lejos, nadie nos va a proteger, por lo que habremos de hacerlo nosotros mismos.

—Suponemos, o queremos suponer, que extenderá un seguro al respecto. Llevar armas a bordo incrementa la prima del seguro y como la nave la compran a crédito…

—Sí, no se preocupe, haremos ese anexo de la póliza de seguros por llevar armas a bordo.

—Magnífico. —El representante de la compañía dudó un poco, luego dijo—: He recibido una sugerencia de la dirección de la compañía.

—No me diga que quiere nuestro brillante púrpura…

—Se lo podríamos guardar en una caja de caudales a prueba de bombardeo atómico. No se perdería y para nosotros sería una garantía. Si piensan viajar muy lejos y no van a dar su ruta ni siquiera a las autoridades militares, quedarán fuera de toda protección por propia voluntad y eso es correr un riesgo para nuestra compañía.

Rea miró a Aquiles y dijo:

—Puedes dejárselo, no me importa.

—Está bien, lo guardaremos en su caja de caudales.

—Eh, ¿qué me dicen ahora, se han salido con la suya, eh? —ironizó Trinidad Clark.

—La señorita tiene también ojos púrpura, son muy curiosos.

—Son lentillas —dijo ella misma.

—Ya. Debe estar a gusto con ese color. ¿A través de esas lentillas nos ve a todos de color rojizo?

Rea sacó el medallón de su escote. Iba a entregárselo a los miembros de la compañía que ya tendían sus manos ansiosas hacia aquella joya única según lo conocido por los terrícolas; pero Aquiles Cromwell lo cogió, adelantándose.

—Despacio, todo tiene que hacerse con la legalidad que corresponde y que ustedes exigen. Además, me ayudarán a obtener el armamento que nos hace falta.

Los representantes de la compañía suspiraron y acabaron asintiendo con sus cabezas.

El brillante púrpura, antes de pasar a la caja de caudales de la compañía de astronaves, tenía que ser pesado, medido, fotografiado, comprobada su dureza y calculados sus índices de reflexión.

Rea había comprendido que sólo entregándolo podrían ir a Tritón y ella, después de lo que había visto, sentía la imperiosa necesidad de ir a su planeta para contar todo lo que sabía del mundo de los terrícolas, que ellas habían observado desde mucha distancia, como a feroces enemigos, ignorando totalmente cuáles eran sus formas de vida y cultura.

CAPÍTULO VI

Aquiles Cromwell estaba satisfecho de la Omega-42; era mucho más perfecta de lo que había sospechado, máxime después de haberle añadido unos accesorios que juzgó convenientes.

Tras dejar atrás Marte y su gravedad, dio el máximo de potencia a los motores de la astronave y consiguió la velocidad requerida, una velocidad que unas décadas atrás habría parecido totalmente imposible de alcanzar.

No había razonamientos posibles, estaban en el vacío; sólo existía el peligro de meteoritos.

El área gravitatoria de Saturno era la más peligrosa, pero cruzarían su órbita solar cuando Saturno se hallara tan lejos que no pudiera afectarles en el punto donde ellos hacían la intersección orbital.

Dejaron atrás Júpiter y sus satélites y también la ruta de Saturno; luego les quedaba el lejanísimo Urano que detectaron con los sensores. El sol era ya muy frío, se distanciaban cada vez más de él.

Rea pasó mucho tiempo frente a la pantalla del videotape de la nave, empapándose de las costumbres de los terrícolas a los que ya podía preciarse de conocer bien.

Trinidad Clark estaba algo molesto; se había aburrido de jugar al ajedrez y trataba de jugar al póquer con la computadora de a bordo, pero la máquina no entendía de trampas y fullerías y siempre acababa ganando el hombre, por lo que éste terminó aburriendo el póquer.

«Sejet», la gata de Angora, fue sacada de una de las butacas del puente de mando en forma expeditiva y Trinidad Clark ocupó su lugar.

—Ya está bien, Aquiles Cromwell —mascullóó—. Hemos pasado de largo Júpiter y luego Saturno, nadie ha llegado tan lejos. ¿Es que nos vamos al infierno a buscar esos brillantes púrpura?

—No, el infierno dicen que está en el centro de la Tierra.

—Idioteces… Bueno, ¿nos vamos al cuerno o a otra galaxia? ¿No has caído en que pese a que la Omega-42 sea una nave de tecnología muy avanzada tiene sus limitaciones?

—Conozco perfectamente las limitaciones de esta nave y admito que no estamos en ruta normal.

—¿Ruta normal, dices? ¡Por todos los diablos, si por aquí no se ha arriesgado nadie aún!

—No lo creas, algunos han ido más lejos.

—¿Y han regresado?

Aquiles Cromwell sonrió beatíficamente.

—He de admitir que no.

—¡Tú siempre me has tenido manía y quieres asesinarme, ya lo veo! Lo que no entiendo es que hayas decidido suicidarte tú también y de paso liquidar a tu amiguita. ¿Adónde vamos, a Urano?

—No.

—¿Entonces, adonde, cuernos?

—Á Tritón.

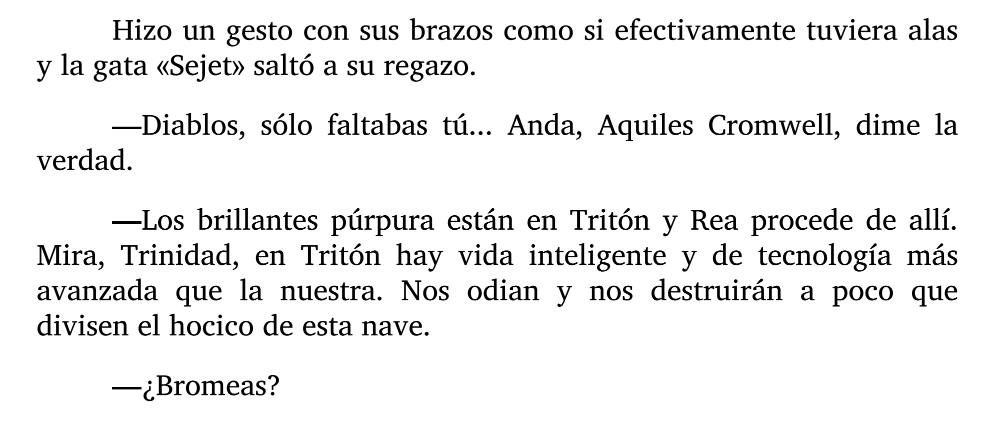
—¿Tritón? Eso es una luna de Neptuno.

—Exacto.

—¿Te has vuelto loco? ¡Allí no hay más que hielo, puro hielo carbónico! No pretenderás que salgamos a buscar algo en ese inhóspito planeta que gira alrededor de su padre Neptuno.

—No es tan malo como supones, ya lo verás. Rea es de Tritón.

—Sí y yo tengo alas como los angelitos.



Hizo un gesto con sus brazos como si efectivamente tuviera alas y la gata «Sejet» saltó a su regazo.

—Diablos, sólo faltabas tú... Anda, Aquiles Cromwell, dime la verdad.

—Los brillantes púrpura están en Tritón y Rea procede de allí. Mira, Trinidad, en Tritón hay vida inteligente y de tecnología más avanzada que la nuestra. Nos odian y nos destruirán a poco que divisen el hocico de esta nave.

—¿Bromeas?

—Buscar un buen filón siempre lleva implícito un riesgo. ¿Lo habías olvidado?

—Tú has dicho que, tecnológicamente, son superiores a nosotros; eso quiere decir que pueden tener naves mejores que las nuestras.

—¿Por qué crees que he armado suficientemente la Ornega-42?

—Aquiles Cromwell, no estoy para guasas. Hemos dejado atrás Júpiter y Saturno, he estado calladito horas y horas, cientos de horas deseando preguntar y ahora me sueltas esa sarta de fantasías. ¿Pretendes que me trague que Rea es una alienígena?

—Tú mismo. Sin embargo te diré que no lleva lentillas, que sus ojos púrpura son naturales, sin trampa ni cartón.

Trinidad Clark saltó de la butaca volviendo a lanzar a la pacífica y resignada gata de Angora al suelo y se acercó a la mujer.

—¡Rea!

—¿Sí?

—Aquiles Cromwell, ese sarcástico amigo tuyo, dice que no llevas lentillas, que tus bellísimos ojos son púrpura de verdad...

—Sí.

—¿Sí qué? —inquirió algo nervioso.

—Pues que te ha dicho la verdad.

¡Demonios! ¿Y también es cierto que eres de Tritón, uno de los satélites de Neptuno?

—Sí.

Trinidad Clark, con visible desesperación, comenzó a mesarse los cabellos y regresó junto a su amigo.

La gata había vuelto a sentarse en la butaca y, en su desesperación, el hombre fue a sentarse encima de ella, pero el felino se revolvió.

—¡Sólo me faltabas tú, condenada gata!

—No la trates mal. Se la ofreceremos a la reina de Imen.

—¿Imen, qué nuevo chiste es ése?

—Es que las mujeres de Tritón llaman Imen a su planeta. No tenían por qué dar a su astro el mismo nombre que nosotros.

—Vamos, Aquiles Cromwell, dale la vuelta a este cacharro. ¡No llegaremos allá nunca, nunca!

—He hecho los cálculos correspondientes y podemos ir y volver.

—¡Es que a tres millones de millas por hora no llegaremos jamás a Neptuno, es decir, vivos!

—¿Y quién te ha dicho que viajamos a tres millones de millas hora? —Y señaló el contador de velocidad relativa.

Trinidad Clark, en principio, no dio crédito a lo que veía. Se frotó los ojos y acercó su rostro al medidor. Se puso pálido y con un tic nervioso en su pierna izquierda, se sentó en la butaca anatómica como si sufriera un ataque de lipotimia.

—No sabía que este cacharro pudiera viajar a esa velocidad... —balbució.

—Yo sí, pero tuve que hacer los arreglos necesarios. No se lo podía contar a nadie.

—¿Te das cuenta de que como entremos en una zona donde simplemente haya polvo cósmico nos vamos a desintegrar con el roce?

—Era un riesgo que corríamos al rebasar la órbita de Saturno, pero ya está muy lejos y todo marcha bien, no te preocupes.

—Sí, todo va bien y como no vaya bien, ni nos enteramos. Seremos polvito espacial en una fracción de segundo.

—No es mala forma de morir, convertidos en algo así como polvo de estrellas.

—Eso está bien para los espectáculos musicales arcaicos.

—Tómatelo con tranquilidad. El momento difícil será el de entrar en Tritón. Como sabes, es un satélite de tamaño similar a la Luna terrestre, aunque de mucha más densidad. Si nos detectan, seremos cazados como pajaritos terrestres.

—Entonces, ¿cómo vamos a aproximarnos?

—Hemos de llegar por la cara opuesta de Neptuno a la que Tritón esté orbitando en los instantes de nuestra arribada. La calculadora de a bordo no cesa de computar datos. Daremos vuelta al planeta Neptuno y saldremos disparados hacia Tritón, entrando medio tangencialmente en su atmósfera. No podemos arriesgarnos a orbitario, nos detectarían de inmediato.

—¡Nos vamos a convertir en una bola de fuego si haces eso!

—Habrá que arriesgarse un poco al tiempo que lanzamos unas decenas de millares de señuelos que llevo preparados para que distorsionen los sensores de Tritón que, por cierto, están manejados por mujeres.

—¿Mujeres?

—Sí, había olvidado decirte que Tritón es un matriarcado total. Los hombres son seres inferiores, amorfos y, según ellas, un mal necesario pero casi repugnantes. Son muy drásticas y los que sobran, son exterminados. Olandoria, la hermana de Rea, es la reina y, por lo visto, no puede ver a los terrícolas ni en pintura porque le hicieron una mala faena a su otra hermana Landy.

—Oye, ¿me estás contando una novela lacrimógeno-morbosa por capítulos o va en serio?

—Va en serio, puedes preguntarle a ella.

Trinidad no hizo más preguntas. A partir de aquel día, su cara parecía que estuviera en los funerales de su propia tarjeta de crédito.

Pasó gran parte del tiempo tendido en su litera, escuchando música siglo XX.

«Sejet» se enroscó junto a él y, de cuando en cuando, lo olisqueaba para comprobar que estaba vivo.

Trinidad Clark sólo hacía que mascullar entre dientes que le habían jugado una mala faena, máxime cuando recordaba que la reina Olandoria tenía una manía muy especial con los machos terrícolas por sus posibilidades de aparearse con una imenita.

La nave, periódicamente, encendía sus motores para conservar el impulso.

Aunque según los cálculos teóricos no tuviera que reducirse la velocidad, no se habían previsto los restos de atracciones gravitatorias, incluyendo al Sol.

La Omega-42 conservó la velocidad obtenida por Aquiles Cromwell, velocidad jamás alcanzada anteriormente por nave terrícola alguna.

Al fin, Neptuno quedó visible para las telecámaras.

Se acercaron a él, procurando que Tritón estuviera siempre en la cara opuesta para que no les detectaran.

La difícil maniobra de orbitar Neptuno a gran altura, salió bien. El planeta reflejaba más luz debido a la abundancia de sus hielos de la que cabía suponer desde la Tierra.

El poder reverberante de la superficie del planeta resultó espectacular, máxime teniendo en cuenta que aquel planeta se hallaba a 4.500 millones de km del Sol, es decir, treinta veces la distancia de la Tierra al Sol.

Desde la órbita en que se hallaban, sólo les quedaban trescientas mil millas hasta Tritón.

Rea había informado a Aquiles Cromwell de cuáles eran los puntos más débiles e incluso ciegos de detección de Tritón y el hombre había hecho el cálculo para penetrar entre ellos sin ser detectados.

—Trinidad Clark, quiero que vengas a los mandos. Habrá que lanzar los señuelos en el momento indicado para que busquen por la cara opuesta de Tritón a la que nosotros debemos de tocar como punto cero.

—Lo que tú digas, Aquiles Cromwell, lo mismo da morir de una forma que de otra.

—Cuando tú indiques, llevaremos adelante el plan que ideamos, Aquiles —dijo Rea.

—¿Este humilde condenado a morir, puede enterarse de ese plan? —preguntó Trinidad Clark con voz sumisa.

Aquiles se lo explicó.

—En el momento adecuado, pondremos en marcha siete longitudes de ondas radiales y Rea hablará por ellas en la lengua de Imen, así no sospecharán que ha llegado una nave terrícola. Hay que camuflarse el máximo posible; si nos descubren como una nave terrícola, no nos van a dar tiempo ni para estornudar.

—Perra suerte la mía —se lamentó Trinidad Clark—. Y yo que había creído haber encontrado el gran filón de mi vida…

En pocos minutos saltaron de la órbita de Neptuno a la de su satélite natural, Tritón.

Aquiles Cromwell estaba dispuesto a no modificar su plan ni una milésima de milímetro.

Entraron tangencialmente en la atmósfera de Tritón al tiempo que lanzaban los señuelos distorsionantes de los sensores con los que las tritonianas controlaban su cielo. Luego, Rea habló por el micrófono en una lengua que ni Aquiles ni Trinidad Clark entendieron lo más mínimo.

Siguiendo las indicaciones de Rea y los planos que ésta había trazado de una forma básica sobre su planeta, Aquiles Cromwell escogió una isla desierta con abundante vegetación.

Tras maniobras de reducción de velocidad, Aquiles entró en un ángulo perfecto en la atmósfera de Tritón y luego descendió hasta la isla elegida. La velocidad se redujo prácticamente a cero y los últimos pies de altitud los descendió en vertical hasta posarse en medio de una vegetación lujuriante que prácticamente sepultó a la nave.

—¡Lo hemos conseguido, lo hemos conseguido! —gritó Trinidad Clark.

—Teníamos que conseguirlo, socio. No hemos venido a suicidarnos.

—Aquí podemos permanecer escondidos, no será fácil que nos descubran —dijo Rea, algo emocionada por regresar con vida a su planeta del que la habían desterrado.

Mirando a través del cristal parabrisas, Trinidad Clark exclamó incrédulo:

—Parece imposible que aquí en Tritón, tan lejos del Sol, pueda haber esta vegetación. No lo entiendo. Tendría que estar todo helado como en la superficie del planeta alrededor del cual orbitamos.

—El sol nos llega muy débilmente, pero la superficie de Neptuno actúa como un espejo reverberante de la luz y de toda la gama de rayos necesarios para la vida.

—¿Y los infrarrojos? Aquí hay una temperatura casi equivalente a la ecuatorial terrestre; en cambio, en Neptuno todo está helado. No me diréis que los infrarrojos rebotan en los cielos eternos de la capa superficial de Neptuno y vienen hasta este satélite natural.

—No —explicó Rea—. La termia está resuelta porque Tritón no es un astro totalmente muerto. Tiene vida ígnea en su interior. En el fondo de los océanos está calentándose continuamente por millones de años. Esa temperatura asciende por el agua y la temperatura ambiental se conserva entre quince y veinticuatro grados de forma permanente. También el suelo se mantiene cálido, lo que hace que la vegetación crezca con mucha facilidad. Calor, humedad y ultravioleta del Sol, todo lo necesario para la vida está en Tritón, aunque también tenemos constantes fumarolas que brotan de grietas geológicas y nos advierten que, de vez en cuando, tenemos un cataclismo con verdaderos mares de lava ígnea que lo abrasa todo. Es el tributo que pagamos por nuestro bienestar ambiental. Si no fuera por el fuego eterno del interior de Tritón, no sería posible la vida en este satélite natural. Todo estaría helado, lo mismo que en el padre que nos da la luz, es decir, Neptuno.

—Nunca hubiera sospechado que tendrían la luz de rebote de un planeta helado —objetó Trinidad Clark.

—No es tan extraño —opinó Aquiles—. En la propia Tierra, según en qué lugares y si la noche está despejada y hay plenilunio, se obtiene una gran reverberación lumínica. No hace falta luz para leer un texto impreso y eso que la Luna no es una superficie helada, lo que resultaría mucho más reflectante.

—Lo admito, no había caído en ello. Aquí, la luz no es muy brillante, pero sí suficiente.

—Es un lugar excelente para vivir —dijo Rea—. Lo malo de nuestra civilización es el tipo de varones que alumbran las mujeres de Tritón. Es como un castigo atávico.

Aquiles Cromwell suspiró.

—Alguien dijo que somos felices hasta que nos abren los ojos y nos damos cuenta de que no éramos tan felices como suponíamos.

—¿Y eso quién lo dijo? —preguntó Trinidad Clark.

Sin el menor sonrojo, Aquiles respondió:

—Supongo que un borrego, cuando se enteró de que lo cebaban para llevarlo al matadero. .

—Por los cuernos de Baco, eso te lo has inventado tú. Ahora dime si hay combustible suficiente para poder regresar, por lo menos, a las colonias de Marte.

—Sí, hay bastante.

—Lo dices sin mirar los sensores de medición. Has debido de consumir mucho para sacarle esas velocidades suicidas a la Omega-42.

—Sí, reconozco que he gastado diez veces más de lo que indica el catálogo, pero no podíamos hacernos viejos en este viaje. Ya ves, estamos aquí sin novedad.

—Lo malo es que si regresamos a la misma velocidad, en Marte no se van a creer que hemos llegado hasta aquí. Harán un cálculo simple con una computadora de bolsillo y se reirán en nuestra cara.

—Pues que se rían. ¿Por qué nos hemos de empeñar en asegurar que hemos estado aquí? Mientras llevemos brillantes púrpura será suficiente para que no se rían.

—Eso es cierto. Cuando tu crédito se hincha, nadie se ríe en tu cara. Siempre ha sucedido así y eso no cambiará nunca.

—Eso creo yo. Dejaremos los sensores listos para que nos adviertan si se nos acerca alguien y podremos dormir. Hemos de recuperar fuerzas antes de proseguir viaje.

—¿Viaje, hacia dónde, hacia el filón de los brillantes púrpura?

Aquiles Cromwell no quiso dar demasiadas respuestas a su amigo porque él mismo ni siquiera había pensado en buscar los brillantes púrpura que suponía debían ser escasísimos en Tritón.

Cerraron los paneles de protección de ventanillas y parabrisas y se retiraron a descansar antes de enfrentarse al mundo de un imperio totalitario de mujeres.

CAPÍTULO VII

La nave quedó camuflada en la pequeña isla de lujuriante vegetación.

Trinidad se quedó dentro de la Omega-42 mientras Aquiles Cromwell y Rea embarcaban en el super-atom-hover-craft.

Ante la perspectiva de que las tritonianas eran guerreras y tenían un armamento bastante adelantado, Trinidad Clark se dejó convencer para permanecer en la nave hasta que se produjera un recibimiento pacífico o Aquiles Cromwell, mediante un telecomunicador, le pidiera que interviniera con el armamento de largo alcance con que estaba dotada la nave, un armamento capaz de arrasar ciudades enteras si así se requería.

Aquiles Cromwell había colocado armas ligeras en su super-atom-hover-craft. No se fiaba demasiado de la acogida que les depararan las mujeres de Tritón.

Mientras viajaban sobre la superficie marina del satélite, a unos cuatro pies por encima del agua en calma, Rea le preguntó:

—¿Qué es lo que piensas hacer?

—Quisiera hablar en son de paz, aunque me temo que va a ser difícil.

—Olandoria no te escuchará.

—Es posible. Para que se me haga caso, tendría que ofrecer un golpe de fuerza, algo que les demostrase que no soy ningún imbécil.

—¿Y qué es lo que has planeado?

—Bajar a la tumba de la diosa Imenea.

—¿Bajar a la tumba de la diosa? —se asustó—. ¡Jamás saldrás con vida!

—He tomado mis precauciones, llevo el material suficiente para bajar a esa laberíntica tumba.

—¿Y qué esperas encontrar en ella?

—Vuestro pasado.

—¿Y qué piensas obtener del pasado de las imenitas?

—No lo sé todavía, depende de lo que encuentre ahí abajo. Un secreto que ni siquiera vosotras conocéis, ha de ser importante sin lugar a dudas. No se puede decir que se es libre hasta que se conoce toda la verdad de la historia de un pueblo y cuando se oculta algo, es por algún motivo.

—¿No crees que puede justificar una ocultación un motivo importante, aunque no pueda ponerte ahora ningún ejemplo?

—Si es en el mismo momento, es posible, aunque para eso existe un parlamento, una votación democrática, un consejo de las mil madres. Lo que sí resulta injustificable es que la historia se sepulte bajo tierra y pasen las generaciones y siga oculta, porque lo que fue conveniente en un momento dado, luego se torne tradición.

—¿Quieres decir que lo que estuvo bien en un tiempo puede no estarlo ya ahora?

—Sin duda alguna.

—Eso deberían de saberlo la gran sacerdotisa del templo de Imenea y la reina Olandoria, las dos únicas mujeres de nuestro pueblo que pueden bajar a la tumba.

—Es posible que no tengan ningún interés en escudriñar en la historia. Una vez colocadas en sus puestos de privilegio pensarán que para qué cambiar, para qué saber más de lo que les interesa. En fin, tengo que bajar ahí y tú me ayudarás a hallar la forma de acercarme al templo. Luego, ya me cuidaré yo de descender.

—Yo te acompañaré.

—No, sería muy peligroso.

—Te debo la vida, no puedes rechazar mi compañía. Además, si abajo hay libros sobre nuestra historia, ¿cómo ibas a entenderlos tú, un terrícola que no conoce nuestra lengua?

—Eso es cierto. Entonces, iremos juntos, aunque no sé si podremos salir. ¿Cómo se las arreglan la sacerdotisa y la reina para descender a la tumba de la diosa y que esas bestias medio inteligentes que viven en las tinieblas no las ataquen?

—Nadie lo sabe, la diosa Imenea las protege.

—Como diría Trinidad Clark, un cuerno.

—¿Un cuerno, qué significa eso?

—Es una exclamación de incredulidad, sólo eso, no se ofende a nadie.

—¿Quieres decir que no crees en la protección de Imenea?

—Claro que no.

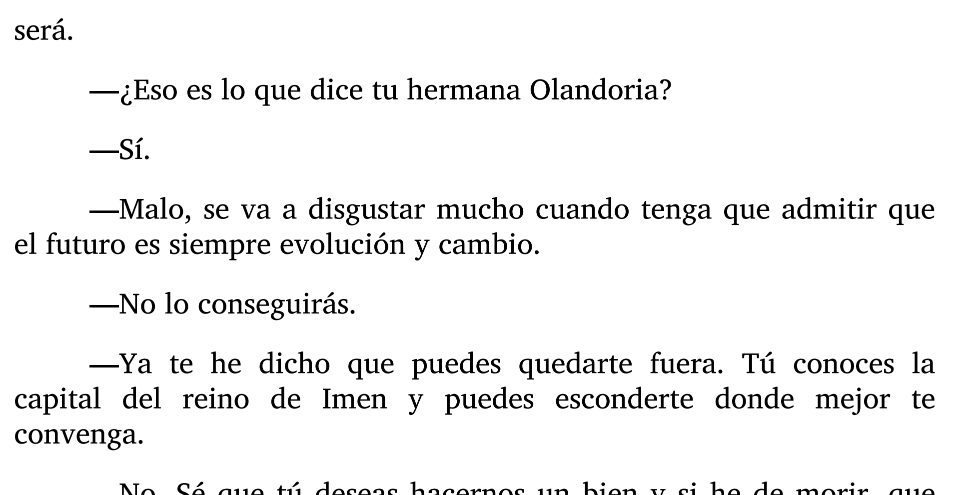
—¿Por qué?

—Hace unos pocos siglos los terrícolas hemos tenido acceso a toda nuestra historia, y estudiando la historia se aprende mucho. Se vuelve uno más escéptico y se deja engañar menos, lo que no es óbice para que siempre puedan engañarle. A lo largo de las historias de las religiones y pararreligiones, siempre han habido supuestas protecciones de espíritus e idolillos, sólo aptas para los crédulos. Hace ya siglos se pudo demostrar que si personas muy influenciables creían que sobre ellas pesaba una maldición, se morían, porque uno mismo se puede castigar. El peligro para brujos y brujidos, sean de la clase que sean, es que un tipo les salga escéptico. Entonces, todos sus poderes se derrumban y creo que eso es lo que os pasa a vosotras, las tritonas. Mantienen unos secretos y unos tabúes y os creéis a rajatabla lo que os cuentan de la diosa Imenea.

—Si hablas de Imenea en esa forma, te van a ejecutar.

—No me extrañaría. Hay que defender lo establecido aunque sea malo si lo establecido sostiene a los gobernantes. Bueno, es un poco enredado y largo de explicar. Si nos es posible, descenderemos a la tumba de Imenea y hurgaremos en vuestra historia. Desmitificaremos vuestro sistema, si es que no dejo la piel en este asunto.

—No creo que puedas hacer nada, ya te he dicho que todo se pierde en la noche de los tiempos. Siempre ha sido como es, y es como



será.

—¿Eso es lo que dice tu hermana Olandoria?

—Sí.

—Malo, se va a disgustar mucho cuando tenga que admitir que el futuro es siempre evolución y cambio.

—No lo conseguirás.

—Ya te he dicho que puedes quedarte fuera. Tú conoces la capital del reino de Imen y puedes esconderte donde mejor te convenga.

—No. Sé que tú deseas hacernos un bien y si he de morir, que así sea. He conocido tu mundo y como me dijiste sin ambages, no es perfecto. Hay muchos fallos, ladrones, pillos y otras cosas más, pero tenéis más libertad que nosotras que nos creemos superiores y las dueñas de todo. Y conocéis el amor, ese amor que nos está vedado a nosotras, pues crecemos, nos hacemos hembras adultas y somos destinadas a ser madres sin amor, sólo por deber a nuestro sistema.

—Es mucho más bonito amar y ser correspondido.

—Eso lo vi por Landy y cuando la sentenciaron, sonrió tranquila, no se desesperó ni pidió clemencia para ella, sólo para su hijo que tenía que nacer.

—¿Y le dieron esa clemencia?

—Olandoria se negó. Dijo que el fruto de su vientre estaba maldito, que era una deshonra para el reino de Imen y que tenía que desaparecer con ella.

—Seguro que Olandoria y yo no vamos a simpatizar —comentó mientras seguían viajando por las tranquilas aguas rumbo a la capital del reino.

—Al norte de la ciudad hay unos acantilados con unas cuevas que son inaccesibles y donde se dice se refugian monstruos marinos.

—Entonces, esconderemos este vehículo en ese lugar. El resto lo haremos andando.

—¿Andando? Es imposible subir por el acantilado.

—¿Imposible?

—Sí, por eso las cuevas son inaccesibles.

—Tengo autoelevadores, no temas.

—¿ Autoelevadores ?

—Sí. Tu civilización está avanzada tecnológicamente, pero quizá sólo sea en determinados aspectos. Es posible que hayáis desarrollado naves interplanetarias más avanzadas que las terrestres, pero es posible también que nosotros hayamos inventado y. llevado a la práctica artilugios que vosotras desconocéis. Cuando el sistema de gobierno es muy rígido, todo lo que se inventa y lleva a la práctica es en función de un servicio a todo el pueblo; cuando se es más libre en movimientos e ideas, cada cual inventa lo que le da la gana para su uso particular, aparte, claro está, de los grupos pagados por el gobierno confederado y cuyos descubrimientos o inventos deben ser útiles para todos. Luego están los industriales libres que fabrican en virtud de las apetencias de los posibles compradores.

—Es que tu mundo es muy distinto del nuestro. Nosotras no compramos nada; vamos al almacén, tomamos lo que nos hace falta y se acabó.

—Eso parece perfecto, pero luego resulta que hay poco de todo porque los industriales y comerciantes sienten pocos estímulos. Es un poco complicado explicarlo con unas simples palabras, pero tú te habrás dado cuenta de que hay más de todo con el sistema terrícola que en vuestros almacenes.

—Es cierto. En nuestro sistema, jamás ninguna de nosotras podría comprar una nave para sí misma como tú has hecho con la Omega-42.

Tritón, en su órbita alrededor de Neptuno,. se hallaba ahora en completa oscuridad, pues no recibía la débil luz solar que tenía que recorrer aquella distancia alucinante de más de cuatro mil millones de kilómetros que les separaban del Sol, y tampoco podía recibir la claridad reflectada por la superficie de Neptuno.

Cuando una cara de Tritón recibía la luz reverberante del gran Neptuno, por su cara opuesta recibía la débil luz del Sol, y así todo el pequeño astro estaba iluminado. En cambio, cuando el propio Neptuno les ocultaba el Sol, Tritón se sumía en la más absoluta de las oscuridades.

Viajando en él super-atom-hover-craft, Aquiles Cromwell empleó el sonar y el radar, además de sistemas de visión automática con rayos

ultravioleta e infrarrojos. De este modo llegaron sin problemas y sin producir el más mínimo ruido a los acantilados, pese a la total oscuridad.

El vehículo quedó dentro de una de las cuevas. No sería visible para alguna motora que surcara las aguas, y mucho menos visible sería desde las alturas.

—Ahora hay que salir de aquí e ir arriba. Llevaremos un cinturón de utillaje.

—¿Cinturón de utillaje?

—Sí, tú llevarás un cinturón con una linterna de potencia graduable, gafas de infrarrojos, un cuchillo, el mosquetón y un rollo de cuerda acero-plástica.

—¿Tú llevarás lo mismo?

—Sí, y algunas cosillas más, hay que ir preparados para lo que podamos encontrar. Ah, y nos pondremos cascos que protegerán nuestras cabezas de golpes, balas o rayos Láser.

—Es como si hiciéramos la guerra, ¿verdad?

—Digamos que es una pequeña guerra, aunque es posible que vosotras, las mujeres de Tritón, con todo el poder absoluto, no sepáis qué es eso.

Cuando estuvieron bien equipados, Aquiles Cromwell se colocó a la espalda un autocohete sujeto por atalajes. Luego, dijo a Rea:

—Yo te sujetaré bien con mis brazos y no temas, subiremos perfectamente si es que el cohete no falla. Hará un poco de ruido y emitirá luz, pero será pocos instantes y como estamos en el acantilado, es posible que no nos descubran. Hemos de confiar en ello.

Rea no sólo se dejó coger por los brazos del hombre sino que se sintió a gusto abandonada en ellos.

Aquiles puso en marcha el motor del monocohete y brotó un chorro de energía que les impulsó hacia arriba, ascendiendo por el escarpado acantilado. De este modo, llegaron a lo alto sin problemas.

Aquiles Cromwell detuvo el cohete, depositó a Rea en el suelo y dijo:

—¿Lo ves? Todo ha ido bien.

—Sí, es estupendo.

—Ahora dejaremos este cacharrito escondido entre las rocas para volver a encontrarlo luego, si es que regresamos.

—Tienes una gran vitalidad, Aquiles, es como si ningún obstáculo fuera capaz de detenerte.

—Creo que es importante no decir de antemano que algo es imposible, claro que eso siempre implica el riesgo de romperse las narices contra el obstáculo que no hemos podido rebasar. —La tomó del brazo y dijo—: Vamos, hay que llegar al templo antes de que se haga de día.

CAPÍTULO VIII

La noche era muy silenciosa en el reino de Imen.

Por las calles de la ciudad sólo circulaban algunos vehículos patrulleros en los que iban media docena de mujeres-policía, bien armadas y pertrechadas.

Los faros de sus coches iluminaban toda la calle, de pared a pared.

En tres ocasiones estuvieron a punto de ser descubiertos, pero consiguieron esconderse tras algunos vehículos aparcados que no eran muchos, pues sólo grupos escogidos de aquellas mujeres poseían bienes que les eran concedidos en razón a su categoría.

Las casas eran pétreas y oscuras.

Cada edificio, según le contó Rea, albergaba a cien mujeres que vivían en comunidad.

Las edificaciones destinadas para madres sólo alojaban a veinte de ellas y en habitáculos separados, para que cada una pudiera criar personalmente a sus hijas, pues si nacían varones, éstos eran llevados de inmediato a los centros destinados a la cría de varones.

La madre que había dado a luz un niño, perdía en parte sus privilegios y pasaba al pabellón de mujeres que habían sido madres, pero que no tenían hijos y debían de ser fecundadas de nuevo. Y la que alumbraba a dos varones consecutivos,, se le negaba ya el derecho a volver a ser madre.

Todo aquello le parecía horrible a Aquiles Cromwell. El sistema era demagógico y opresivo, y las súbditas de aquel reino ni parecían darse cuenta de que vivían sin libertad.

La ciudad era fría y no por su temperatura, sino por lo poco acogedora que resultaba. Prácticamente no había nadie paseando por la calle. Las tritonianas habían sido educadas en una disciplina muy rígida que por propia iniciativa no se atrevían a desobedecer. Era como un estado policial represivo. Sólo las que tenían un acusado espíritu de rebeldía se escapaban de sus edificios-vivienda y eran perseguidas por las patrullas policiales, aunque tenían muy pocos lugares adonde ir. Quizá es que se reunían las rebeldes para intercambiar sus quejas y lamentos.

—No me gusta tu mundo, Rea.

—¿No?

—Te habrás dado cuenta de que es muy diferente del mundo de los terrícolas.

—Es cierto —admitió con pesar—. Vosotros tenéis vida durante la noche.

—Insisto en que no todo es bueno en el mundo de los terrícolas, pero tenemos la libertad de la que vosotras carecéis. En fin, sigamos adelante y esperemos que los patrulleros policiales no nos descubran. No me gustaría tener que emplear las armas en contra de tus compatriotas.

—Son mis compatriotas, es verdad, pero si te atacan no te podré reprochar que te defiendas. Ahora, sígueme, te llevaré hasta el gran templo de Imenea.

La ciudad miraba al mar. Tenía un puerto con naves que debían utilizar para transportar carga a los otros puntos del satélite. Luego, la ciudad se extendía, alrededor de un otero que se elevaba en mitad del llano.

Rea le dijo a Aquiles:

—Encima del monte de la diosa está el templo.

—Entonces, hay que pensar que esa montaña está hueca en su interior.

—Es posible. Se dice que tiene muchos corredores y salas donde habitan los slavonitas que custodian la tumba de la diosa.

—No me extrañaría que hubiera otra salida de emergencia, pero como ha de ser imposible encontrarla, pues puede dar a cualquier edificación, entraremos por el templo.

—Entonces, tenemos que subir hasta lo alto por las escaleras.

—¿Hay sistemas de alarma?

—No, nadie se atrevería a subir al templo de la diosa en soledad, aunque arriba hay una guardia permanente que es más de honor que de otra cosa. En vez de utilizar armas automáticas llevan lanzas y arcos con flechas.

—¿Una guardia honorífica? Mejor, así tendremos menos complicaciones. Es una suerte que la reina Olandoria y la suma sacerdotisa no teman ningún ataque al gran templo.

—Hasta ahora no hemos sido invadidas por ningunos seres extraños e inteligentes. Tampoco los varones de Tritonia podrían hacerlo, pues apenas se pueden mover por sus adiposis y deformidades. Sólo de cuándo en cuándo penetran en la ciudad manadas de fieras de las junglas próximas.

—¿Son peligrosas?

—Los dragones felinos, sí. Son seres anfibios muy rápidos que devoran a una de nosotras en pocas dentelladas y tienen la piel muy dura. Contra ellos hemos de emplear las armas automáticas.

Habían llegado al pie del montículo en cuya cumbre se ubicaba el templo pétreo de la diosa de Imen, llamado Tritón por los terrestres.

Subían a tientas los peldaños y se colocaron las gafas de infrarrojos para poder ver a algún ser vivo si se les ponía por delante. También podían ver la cuidada vegetación que bordeaba las grandes escalinatas que ascendían a la puerta principal del templo.

Pudieron ver la guardia sin ser descubiertos a su vez gracias a los infrarrojos, aunque en los puestos de guardia fijos había luces.

Llegaron hasta la gran reja que cerraba el acceso al templo. Aquiles Cromwell trepó por las rejas y en lo alto de las mismas, envió un cabo de su cuerda acero-plástica que Rea sujetó al mosquetón que llevaba en el cinturón.

Aquiles Cromwell jaló de la muchacha hasta izarla a lo alto de la reja. Después, ambos saltaron al interior del templo, enfrentándose con una enorme puerta de madera y remaches de brillante acero.

El hombre introdujo en el hueco de la cerradura el cañón de su pistola Láser y apretó el gatillo. Silenciosamente, el dardo cortante e incinerador del Láser fue destruyendo la cerradura por su interior sin que se viera la luz. Bastó empujar levemente la puerta para poder pasar sin problemas.

Ya dentro del templo, sus pasos resonaron. Había luces encendidas; eran pequeñas llamas que nacían de jarritas equivalentes a velas o candiles terrícolas.

—Mira, aquélla es la diosa —señaló Rea.

Al fondo, tras un altar de ceremonias muy largo, pues no tendría menos de cincuenta metros, estaba el altar sobre el cual se hallaba la gran estatua de la diosa.

Era negra, como tallada en un carbón durísimo y pulimentado. Era una mujer, no cabía duda, pues en su desnudez se apreciaba visiblemente y su rostro tenía una expresión maligna.

Sus ojos eran dos gigantescos brillantes púrpura que habrían trastornado a Trinidad Clark de poderlos ver. El cabello de la estatua era rojo como el de la propia Rea, y Aquiles supuso que había sido tallado en otra materia y después colocado sobre la cabeza de la figura.

La diosa tenía los brazos extendidos en horizontal y sobre las palmas de sus manos sostenía dos figuras femeninas que tenían el tamaño natural de una mujer como Rea.

—¿Quiénes son las de las manos? —inquirió Aquiles.

—Una es la reina y la otra, la suma sacerdotisa, su protegida. Los hombres están a sus pies.

Efectivamente, la enorme estatua se aposentaba sobre un montón de cuerpos varoniles que quedaban aplastados. Obviamente, todo aquello tenía un gran simbolismo.

—Está visto que los hombres somos poco menos que basura. ¿Dónde está la entrada de la tumba?

—No he estado nunca, pero creo que se halla detrás del altar.

—Vamos.

—No, Aquiles, no vayamos —suplicó.

—¿Tienes miedo?

—La maldición de la diosa caerá sobre nosotros.

—No creo en las maldiciones de los muertos ni de los vivos, sólo creo en las trampas que conviene evitar.

—Es difícil pensar como tú cuando desde que se nace te educan en el temor a la diosa.

—Sí, es un moldeado de cerebro que os han hecho y del que tienes que librarte. Es posible que aunque descubras la falsedad de todo esto tengas luego algunos remordimientos de conciencia porque habrás obrado contra la educación que te dieron, pero debes ser fuerte. Sin embargo, si no te ves capaz, quédate aquí. Yo no he sido educado en este sistema y esa diosa no me inspira el más mínimo temor.

Rea vaciló; respiró hondamente y al fin dijo:

—Voy contigo. Después de todo, ya estoy aquí.

—Bien. Una educación de esa clase, con temor hacia un ídolo, no deja de ser un encadenamiento para toda la vida, cadenas que no se ven, que no se sabe que se llevan. Sé fuerte y libérate de ellas.

Atravesaron la gran nave del templo cuya techumbre no llegaban a ver por la escasez de luz. Los ojos púrpura semejaban vigilarles atentamente.

Llegaron al altar y lo rodearon, prácticamente quedaron a los pies de la siniestra diosa.

Las cabezas de los hombres, en número de dos docenas como mínimo, servían de alfombra sobre la que se aposentaba el gran ídolo femenino. Los fofos cuerpos de aquellos varones semejaban aplastados y los ojos de piedra parecían querer escapar de las respectivas órbitas mientras sus bocas se abrían como exponente de unos cuerpos reventados y asfixiados. Eran seres atormentados bajo el aplastante sometimiento de un mundo matriarcal.

Quedaron frente a una puerta de bronce, labrada con múltiples alegorías.

—Esta es la entrada de la tumba. «Sólo la reina y la gran sacerdotisa pueden franquear esta puerta. Si alguien que no sea ellas la cruza, caerá sobre ese ser la maldición de la diosa Imenea que reposa inviolable en su tumba, bajo los cimientos de este su templo»

—leyó Rea, traduciendo los escritos que había en la piedra del dintel.

—Puedes esperarme aquí afuera si quieres. Tú estás marcada psíquicamente desde niña para experimentar temor hacia este ídolo que tenemos casi encima, nada podría reprocharte.

—Quiero ser fuerte, Aquiles, quiero bajar a la búsqueda de la historia que, según nos dicen, se pierde en la noche de los tiempos.

CAPÍTULO IX

La recia puerta no era grande, apenas podían pasar dos personas al mismo tiempo, una junto a otra, pero tenía cuatro cerraduras contra las que el terrícola tuvo que emplear el Láser de su pistola.

El dardo era fino pero su poder muy grande, cortaba los metales por más duros que fueran con suma facilidad. El trabajo fue completamente silencioso, aunque se desprendió un humillo y un olor que quedó absorbido por el que despedían aquellas jarritas que mantenían unas llamas constantes y que al arder producían unos aromas desconocidos para Aquiles Cromwell.

Empujó la puerta que chirrió levemente bajo los pies de la diosa que descansaba sobre los aplastados cuerpos de los varones.

Ante ellos quedó un túnel inmerso en tinieblas, en el que nada se veía.

—Enciende la linterna que llevas en tu cintura —le ordenó Aquiles a Rea.

Un haz de luz penetró insolente rasgando las tinieblas, violándolas silenciosamente pero sin titubear.

Dieron sus primeros pasos hacia el interior del túnel que no semejaba tener fin y cerraron la puerta tras de sí para que no se notara a simple vista que había sido violentada.

Anduvieron unas treinta yardas cuando se encontraron frente a una pared. Las potentes linternas la iluminaron de lleno; sin embargo, a la derecha, se abría un agujero y allí había una escalera descendente

que semejaba bajar a los mismísimos infiernos de Tritón.

Descendieron casi cien peldaños de piedra cuando la escalera hizo un giro hacia la izquierda. Fue en ese momento cuando Rea se estremeció, pegándose contra el muro.

Un chillido largo y profundo, emitido no muy lejos de donde estaban, era lo que la había sorprendido hasta secarle la garganta, casi impidiéndole respirar.

—No temas, no son seres espectrales sino vivos.

—Son los slavonitas —musitó ella.

—¿Has visto alguna vez a uno de ellos?

La muchacha denegó con la cabeza.

—Los he visto en dibujos. Son como te expliqué y entrenados para matar.

—Pero, ¿de qué viven, qué comen?

—Hay como un pozo enrejado en el templo y allí se arrojan las ofrendas para los guardianes de la tumba de la diosa Imenea. Han de ser animales vivos o recién cazados cuyos cuerpos estén calientes aún.

—De modo que son carnívoros.

—Sí —Rea tragó saliva con dificultad, mirando hacia el túnel sobre el que se proyectaba la luz de la linterna de Aquiles Cromwell—. Verás, es que...

—Dilo de una vez, Rea, y no tengas miedo, estamos armados.

—No te había dicho aún que las ejecuciones de muerte consisten aquí en levantar el enrejado del pozo y dejar caer al fondo al sentenciado. Se dice que la altura del pozo es importante, la suficiente como para morir en la caída. Luego, los slavonitas se encargan de devorarlo y si no mueren en la caída, esas bestias se encargan de sus vidas.

—Un sistema tan repugnante como práctico. Se ejecuta al condenado y al propio tiempo se alimenta a esos monstruos de las tinieblas, manteniéndolos con la costumbre de comer carne humana. Prepara tu pistola, Rea. ¿Sabes usarla?

—Sí, todas las ciudadanas de Imen somos entrenadas en el empleo de las armas al cumplir la equivalencia de los quince años

terrícolas.

—Bien, pues lleva la linterna en la cintura, iluminará por donde pases, y mantén en la mano la pistola. Sólo tienes que jalar el gatillo y brotará el rayo Láser.

—Lo haré como dices.

Se introdujeron por otro de los túneles y dieron con una gran sala.

Antes de penetrar en ella, Aquiles Cromwell contuvo a la joven cogiéndola por el brazo.

—Aguarda, ahí hay varios túneles.

—Sí, y no sabemos cuál escoger.

—Eso es, por lo que debemos dejar una señal conforme éste conduce a la salida. Luego podríamos tener problemas para volverlo a encontrar.

—¿Y cómo vas a dejar la señal?

—Traigo un marcador reflectante. —Y pintó una señal en la pared del túnel.

—Yo no veo nada —observó ella.

—Aparentemente no se ve nada, pero fíjate si lo enfocas con la luz…

Inmediatamente, al reflejar la luz, apareció la raya horizontal que Aquiles Cromwell había marcado.

—Ahora está muy clara.

—Debemos escoger uno de los túneles que tenemos delante. Supongo que será como un laberinto y hay que tener suerte. Quizá sean trampas y sólo uno conduzca a la verdadera tumba de Imenea.

—Sí, eso creo —admitió ella.

Avanzaron hacia el centro de la sala, sumida en un silencio impresionante, un silencio que a Aquiles Cromwell le pareció que no presagiaba nada bueno.

De súbito, se escucharon los horribles chillidos, unos chillidos que perforaron sus tímpanos.

Inmediatamente, desde lo alto de la bóveda de aquella sala que se hallaba en las profundidades subterráneas del templo de la diosa de Imen, descendieron con las alas desplegadas aquellos horribles seres de una envergadura considerable.

Aquiles y Rea se sintieron como sujetados por las cabezas y de no haber llevado los cascos puestos, habrían resultado mal heridos y a merced de aquellos monstruos, celadores en las tinieblas.

Cayeron al suelo y vieron a los slavonitas volando, sobre ellos, batiendo aquellas grandes alas cartilaginosas sin plumas. Sus picos ganchudos eran asesinos y no lo eran menos sus garras, que podían abrir un cuerpo en canal para devorar las vísceras humanas.

Desde el suelo, antes de que las garras se abatieran sobre él de nuevo, Aquiles Cromwell disparó contra las repugnantes bestias inteligentes.

La primera de ellas, profiriendo un chillido que debió filtrarse hasta lo más recóndito de los subterráneos, se desplomó, batiendo alas espasmódicamente.

En la caída. Rea había perdido su pistola, pues el ataque había sido muy sorpresivo. Uno de los slavonitas la cubrió con sus alas al tiempo que se disponía a hundir sus garras en el hermoso cuerpo de la mujer.

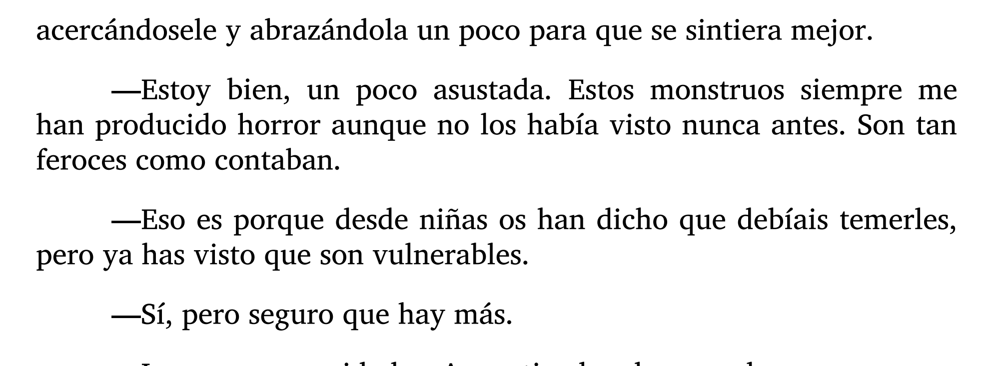
Aquiles Cromwell le disparó en la cabeza, carbonizándosela. Rea, gritando, dio vueltas sobre sí misma, escapando de la bestia.

Quedaban dos más que volaron en círculo, procurando buscar un ángulo mejor para dejarse caer sobre ellos al tiempo que chillaban espeluznantemente. Eran horribles y malignas.

Rea recogió la pistola y disparó sobre una de ellas, achicharrándole un ala. El slavonita cayó de lado, chillando de muerte. El otro ascendió, pero Aquiles le disparó antes de que lograra alcanzar algún escondite en lo alto de la bóveda, donde había agujeros en los que podían anidar.

El slavonita cayó a peso muerto mientras Rea volvía a disparar sobre el otro que había perdido una de sus alas y se abalanzaba hacia ella a saltos, espasmódicamente, abriendo y cerrando su pico al tiempo que chillaba.

Ya la tenía acorralada contra la pared, pero Rea acertó a dispararle en la cabeza y así se libró de su mortal enemigo. ansioso,



acercándosele y abrazándola un poco para que se sintiera mejor.

—Estoy bien, un poco asustada. Estos monstruos siempre me han producido horror aunque no los había visto nunca antes. Son tan feroces como contaban.

—Eso es porque desde niñas os han dicho que debíais temerles, pero ya has visto que son vulnerables.

—Sí, pero seguro que hay más.

—Iremos con cuidado. A partir de ahora, sabemos que son peligrosos pero no invulnerables.

—De no ser por los cascos, ya estaríamos muertos y se dedicarían a devorarnos.

—Olvídalo, hemos escapado y eso es lo importante. Ahora, dime, ¿sabes lo que es una corazonada?

—¿Una corazonada? No te entiendo.

—Mira esos agujeros. ¿Cuál te parece a ti que puede ser el que conduzca a la tumba?

Rea pasó por delante de cada una de las bocas de los túneles, y ante una de las galerías retrocedió instintivamente.

—Esta —dijo.

—¿Por qué ésa, simple intuición?

—Es que huele peor.

—Puede ser una buena razón. La marcaremos.

Señaló la entrada y se introdujeron por la angosta galería. Esta vez, lo hicieron sin las linternas. Llevaban puestas las gafas de infrarrojos.

Aquiles Cromwell caminaba delante, tanteando el suelo con los pies. La luz atraía en exceso a los slavonitas que aunque parecieran ciegos no lo eran del todo.

—Quieta —le ordenó en voz baja.

—¿Qué pasa?

—Mira hacia delante con las gafas.

—Hay alguien, veo a alguien.

—Sí, alguien nos está esperando allí delante. Avanzaremos como si no lo hubiéramos visto.

Un slavonita estaba en pie, con las alas plegadas, esperándoles en un recodo de la galería. Debía notar su avance gracias a sus sistemas de radar, semejantes al de los murciélagos terrícolas y posiblemente estaría esperando que se le acercaran más los intrusos para atacarles.

Por lo angosto de la galería, no podía volar y los slavonitas debían recorrer los túneles caminando.

Cuando estuvieron a una distancia prudencial, Aquiles Cromwell encendió su linterna, iluminando de lleno al slavonita, una mezcla de pajarraco, reptil y mamífero, con una inteligencia muy superior a la de un chimpancé terrestre.

El slavonita, al verse sorprendido por el haz de luz, trompeteó agresivamente, lanzándose hacia ellos y cubriendo con sus alas toda la anchura de la galería.

Aquiles Cromwell y Rea dispararon al mismo tiempo sobre la feroz bestia de las tinieblas que se les echaba encima.

Olió a quemado cuando el slavonita de gran tamaño cayó muerto al suelo.

Para seguir adelante, tuvieron que pasar por encima de su cuerpo.

Continuaron por el túnel hasta que divisaron otra nave. Se detuvieron antes de entrar en ella por la experiencia que tenían de la sala anterior. Aquiles Cromwell marcó la entrada y luego barrieron la nave con los haces de luz.

El espectáculo fue repugnante.

El suelo estaba lleno de huesos de animales y también de personas. Quedaban restos entre los huesos que despedían un hedor insoportable.

—En vertical, hacia arriba, está el pozo del que me has hablado. Ya ves, aquí viene a caer el alimento de esos animales.

Barrieron el techo de la nave en busca de posibles slavonitas y no vieron a ninguno.

Rea quiso observar de cerca aquella montaña de osamentas de las especies más raras.

—Es mejor que nos marchemos de aquí —le sugirió el hombre.

—¡Espera!

Escudriñó entre los huesos hasta descubrir una cabellera pelirroja. La calavera tenía junto a sí un medallón muy parecido al que la propia Rea dejara en Marte.

—¡Es Landy! —gritó impresionada.

Aquiles Cromwell la abrazo y junto a la osamenta de Landy pudo ver un esqueleto más grande que el de la hermana de Rea. Estaba desperdigado, pero era seguro que pertenecía a Nick Johnson. Ningún varón de Tritón tenía aquella estatura.

—Sigamos, ya nada se puede hacer por ellos.

Cruzaron la sala de los festines de los slavonitas y se metieron por otra galería cuyo suelo descendía en oblicuo hasta que se encontraron frente a unas gruesas rejas de acero en las que no había cerradura alguna. Estaban como encajadas entre las paredes, el techo y el suelo. Por allí no podían pasar los slavonitas.

—No podemos pasar —dijo Rea decepcionada.

Aquiles pasó el haz de luz de la linterna entre los barrotes y escudriñó lo que había al otro lado, aunque no se veía demasiado bien, pues la galería continuaba.

Unos diez o quince pasos más lejos, se abría una nueva sala que reverberó varios destellos al ser alcanzada por la luz.

—Ahí está la tumba de Imenea —dijo Aquiles Cromwell.

—Sí, pero ya no podemos pasar.

—No lo creas, el Láser que llevo puede cortar estos barrotes. Sólo hace falta un poco de paciencia.

—Son demasiado gruesos.

—Nada es demasiado grueso para un Láser bien manejado.

Proyectó el dardo Láser contra uno de los barrotes y lo sostuvo en horizontal hasta que el rayo salió por el otro lado del hierro. Luego, comenzó a moverlo hasta cortarlo.

Rea le miró incrédula y Aquiles prosiguió con otros barrotes hasta que pudo sacar un pedazo de reja que empujó hacia delante, abriendo un boquete por el que pasaron los dos.

Cogidos de la mano, avanzaron hacia la tumba de la diosa que guardaba toda la historia de Imen.

CAPÍTULO X

La gran tumba estaba sumida en la oscuridad. Tuvieron que iluminarla con sus linternas, colocando los locos de modo que expandieran la luz.

La tumba era grande, impresionaba. Sus paredes eran de mármol blanco cincelado con bajos relieves que querían representar escenas de una historia que las tritonianas ya desconocían.

Había también anaqueles con libros de cuero y herrajes de oro, pero entre los libros destacaba uno muy grande, colocado sobre un atril de oro, grueso y alto.

El libro estaba sujeto al atril con una cadena también de oro para que no pudieran llevárselo. Allí estaba contenida la historia que para las súbditas de Tritón se perdía en la noche de los tiempos, sagas que sólo se podían conocer de oídas y en secreto, pues estaba prohibido hablar de ellas, tan prohibido que habían terminado distorsionándose y olvidándose.

Allí había también vitrinas que encerraban objetos que parecían muy valiosos y que a Aquiles le recordaron el material que podía utilizarse en un laboratorio de bioquímica.

Había armas de los tipos más diversos, armas antiguas y otras muy evolucionadas

Pero, lo que más les llamó la atención fue el gran túmulo de granito azul-negro que había en el centro de aquel panteón subterráneo. Sobre él, un sarcófago de un metal que brillaba perennemente y que no era oro, quizá fuera de platino. Su forma representaba un cuerpo de mujer y recordaba los sarcófagos egipcios hallados en las milenarias pirámides.

A los pies de aquel suntuoso sarcófago había un féretro de gruesa madera que podía resistir el paso del tiempo, pues allí no había humedad. El féretro estaba cruzado a los pies de la diosa Imenea, humillado a sus plantas como si fuera un perro.

—Estamos profanando la tumba de la diosa Imenea —musitó Rea con temor.

—Estamos buscando la verdad. ¿Por qué no vas leyendo ese libro grande del atril? Creo que en él podrás encontrar esa historia que ha sido ocultada a tu pueblo y que, por lo visto, sólo han podido conocer las reinas y las sumas sacerdotisas.

—Sí, pero tú, ¿qué harás, no vas a abrir el gran sarcófago de la diosa?

—No, ¿para qué?

—No sé, quizá por la curiosidad propia de los terrícolas.

—No me interesa. He venido a buscar la verdad, no a profanar y mucho menos a robar. Aquí veo grandes jarras de oro repletas de brillantes púrpura; esto trastornaría a cualquier terrícola por la riqueza que significa, pero te prometo no tocar nada.

—Gracias, Aquiles. Todo esto significa mucho para nosotras.

—Trinidad Clark estará ansioso esperando que regresemos con un saco de esos brillantes púrpura, pero lo que yo deseo es averiguar la verdad y creo que la verdad está en el féretro.

—¿En el féretro o en el sarcófago de la diosa?

—En el féretro. Tú ve leyendo, ya que entiendes esa escritura y yo no. Te ruego que luego me digas la verdad, que no me ocultes nada.

—No pienso engañarte.

—Mejor así. Tú todavía estás influenciada por las tradiciones de tu pueblo y es preferible que todo esto lo juzgue alguien sin

apasionamiento, alguien que lo vea con ojos imparciales. Vamos, comienza a leer mientras yo me encargo de…

Calló, enfrentándose con el féretro que yacía cruzado a los pies del sarcófago de la supuesta diosa y algo más bajo. La posición era de sometimiento con respecto al sarcófago, no cabía duda.

El féretro estaba cerrado con tres cerraduras. Aquiles comenzó a trabajar con su pistola Láser, cortando las cerraduras hasta que logró abrir la tapa, una tapa muy pesada que habían cerrado herméticamente para que ni el aire pudiera introducirse en el ataúd.

Aquiles Cromwell suponía lo que iba a encontrar dentro, pero tenía que verlo con sus propios ojos.

Lo iluminó de lleno con su pequeña pero potente linterna, con mini-pila atómica y bombilla halógena.

—Aquiles, aquí explica que en tiempos pasados hubo hombres y mujeres como en vuestro planeta la Tierra y que vivían juntos…

—Sí, debieron haberlos. Si te acercas verás al último de los hombres que podía considerarse como tal, y no los seres que tenéis ahora para continuar reproduciéndoos.

Despacio, con evidente temor, Rea se aproximó al féretro abierto.

Dentro había un cadáver momificado, sin vendajes pero momificado, como si le hubieran aplicado un tratamiento muy especial y sofisticado de momificación.

El ser estaba desnudo y yacía con las manos tendidas a lo largo de su cuerpo. Los ojos no eran auténticos sino de cristal y miraban hacia arriba como si estuvieran vivos.

—Aquiles, ¿qué significa esto?

—Creo que hemos hallado al último hombre que podía considerarse como tal en Tritón. Lo momificaron para que se conservara a través de los tiempos y pudiera ser contemplado por las sucesivas generaciones de reinas y sumas sacerdotisas como algo horrible de lo que habían sido liberadas por la diosa Imenea.

—¿Quieres decir que no siempre los varones en Tritón fueron como son ahora, seres sin inteligencia, amorfos y deformes, casi incapaces de caminar?

—Creo que sí. Este ejemplar debió ser fuerte en su tiempo.

—Se parece a ti, salvando que él está reseco y momificado y tú estás vivo, Aquiles, vivo.

—Sí, es cierto.

Dejaron el féretro abierto y buscaron en el gran libro de la historia.

Detalles ambiguos podían encontrarse también en otros libros de los anaqueles. Había grabados perfectamente realizados y muy figurativos para que cualquiera los comprendiera. Rea iba traduciendo los textos escritos debajo.

—Vuestra historia se parece mucho a la de la Tierra —opinó Aquiles Cromwell—. Hubo evolución, una prehistoria, guerras entre naciones y una especie de Confederación... Las mujeres se ven siempre como sometidas a los hombres, destinadas sólo a servirles de goce y criar a los hijos. Así se avanzó en este planeta hasta que apareció Imenea.

—Sí, empieza la segunda parte —asintió Rea.

—Sigamos.

Rea fue traduciendo sucintamente, pues leerlo todo habría sido una tarea muy ardua y prolija, pues todo aparecía detallado con minuciosidad.

—Hubo movimientos feministas que no tuvieron mucho resultado.

—Lo mismo que en la Tierra. A la larga, cuando la fuerza dejó de tener mucha importancia, la mujer, por su inteligencia y habilidad manual, se igualó al hombre, ya que la fuerza bruta fue desterrada.

—Sí, aquí dice algo parecido.. Hubo mujeres que estudiaron las ciencias en profundidad y una de ellas, Imenea, poseyó una gran inteligencia. Se dedicó a la bioquímica y el estudio de la genética hasta encontrar el gran descubrimiento que salvaría a las mujeres de Imen.

—Y por lo visto, el hallazgo de Imenea tuvo que ver en la evolución de los nuevos varones.

—Sí. Aquí hay unas citas filosóficas que vienen a decir que los hombres son indispensables para la reproducción, para la

continuación de la especie, que son un mal necesario del que no es posible prescindir, pues las mujeres jamás podrán ser monosexuales. Dice que Imenea halló la gran fórmula que daría la victoria y el poder a las mujeres en el transcurso de unos pocos años, y detalladamente explica una clave genética que hubo de desarrollar en el más absoluto secreto, ayudada por un equipo de científicas, también mujeres y seguidoras de sus ideas feministas.

—Y esa fórmula genética, ¿destruyó el mundo de los hombres?

—Sí. Se obtuvieron unas claves genéticas que tras distorsionar y degradar las normales y naturales, fueron absorbidas por las mujeres. Se hicieron las primeras pruebas en las mujeres que habían de concebir sin que los hambres lo advirtieran y se esperó a que el resultado de la investigación pudiera constatarse en los alumbramientos. Y así fue. Las hembras salieron mejor, más perfectas; en cambio, comenzaron a nacer los primeros varones que, según el grabado, eran como los actuales. Los hombres normales no pudieron explicarse aquel hecho e investigaron por su cuenta sin hallar la solución, ya que los tratamientos se realizaban en el más absoluto de los secretos y las mujeres que se opusieron a seguir el sistema de Imenea fueron sacrificadas. Pronto, los hombres sanos fueron siendo minoría y los varones mutados, mayoría. Las mujeres, ya en número superior, hicieron la guerra a los pocos varones sanos que quedaban, pasándolos a todos por las armas. Aquí lo pone en un grabado.

—Sí, ya lo veo, y es el mismo que aparece en uno de los bajos relieves marmóreos que hay en las paredes —asintió Aquiles Cromwell.

Rea continuó hojeando el interesantísimo libro de la historia de Imen.

—El último de los hombres sanos fue sacrificado cuidadosamente y momificado. La reina Imenea, a su muerte, fue transformada en diosa, elevada al altar y construido su templo. Y la momia del último hombre dominante de las mujeres yacería eternamente a los pies de quien logró vencerle. Después, se explica el resto de la historia y se recomienda que jamás se revele lo ocurrido a las súbditas del reino para que ninguna pueda tener nostalgia, ya que el nacimiento del amor torna débiles a las mujeres. Y ésta es la historia que se pierde en la noche de los tiempos y que nadie, salvo las reinas y sumas sacerdotisas del templo, pueden conocer.

—Todo muy sofisticado, propio de mujeres alucinadas, con un odio exacerbado hacia los hombres. Inventaron un veneno degradante

para los varones y que se tomaban las propias mujeres; así, los hombres que nacían, eran ya enemigos vencidos. Horrible, francamente horrible. Después, los propios varones degradados transmitían sus claves genéticas defectuosas, por lo que no era preciso emplear más la maldita y repugnante fórmula de la científica Imenea.

—Sí, a mí también me parece horrible. Yo creía, como todas las mujeres de Imen, que el nacimiento de esos varones sin relieve, inteligencia ni poderes físicos, era algo natural y lógico de lo que nosotras no teníamos culpa alguna y que venía a ser algo así como un castigo que sufrimos en nuestra prehistoria.

—Pues ya ves que no. Todo fue una sucia jugada de una mujer maligna que supo hallar la fórmula para vencer al varón sin que éste supiera cómo se le hacía la guerra, ya que era vencido antes de nacer, en el propio vientre de su madre.

—Después de conocer el mundo de los terrícolas, a mí también me parece horrible todo esto.

—En la Tierra hubo también una especie de lucha sorda entre hombre y mujer, pero se fueron igualando y ya ves que ahora los derechos son idénticos para ambos.

—Es cierto.

—¿Podrás contarlo a tu pueblo?

—Lo haré si no me matan antes. Olandoria, mi hermana, jamás aceptará lo que yo voy a decir.

—Lo comprendo. Ella quiere que todo siga como esa estatua que hay en el templo: los varones aplastados bajo sus pies. Vuestro pueblo tendrá que admitir que las mujeres no habéis alcanzado la libertad y mucho menos la felicidad siguiendo ese sistema. Os habéis convertido en algo así como un nidal de insectos y es muy triste que eso ocurra en una civilización de seres inteligentes como vosotras.

—¿Qué podemos hacer si es el sistema impuesto a lo largo de tantas generaciones que la verdad de lo ocurrido se ha ahogado en el olvido y sólo puede hablarse de que hubo algo diferente en Imen, pero que se pierde en la noche de los tiempos?

—Aquí está la historia para propagarla. Es vuestra historia, tenéis derecho a conocerla y entonces, vuestro pueblo, en completa libertad, puede llevar a cabo un referéndum dando a escoger el sistema de vida que se desea seguir para vuestra civilización futura.

—Olandoria lo impedirá con todas sus fuerzas.

—Pues habrá que combatirla lo mismo que ella combatió a su hermana Landy y al terrícola Nick Johnson, al que sentenció y ejecutó.

—Sin embargo, ¿cómo vamos a tener entre nosotras hombres iguales al que hay momificado, fuertes e inteligentes como tú, parejos a nosotros?

—Según has leído, la fórmula degradante se dejó de utilizar. La degradación actual se continúa simplemente porque los varones fueron mutados y transmiten a sus descendientes varones las características físicas y psíquicas que les impuso Imenea con su maquiavélica fórmula genética. Si esos hombres ya no se reproducen, no habrá más seres deformes como ellos.

—Y si ellos ya no actúan como reproductores, ¿cómo obtendremos más descendencia?

—Con terrícolas.

—¿Terrícolas? Vendrían a invadirnos, nos esclavizarían.

—Ya somos dos terrícolas en Imen que os invadirán.

—¿Vosotros dos?

—Estimo que dos hombres, si Trinidad Clark no se opone, son suficientes para comenzar una nueva raza y los hijos habidos serían educados en igualdad de sexos, en el amor y en la paz.

—Todo es muy bonito, Aquiles Cromwell, muy bonito pero irrealizable.

—Totalmente irrealizable —manifestó una voz de mujer, grave y profunda, una voz cargada de amenazas.

Se volvieron hacia la puerta.

Al otro lado de las rejas descubrieron a dos mujeres, cubiertas con ricas vestiduras. No se habían percatado de su presencia, absortos como estaban en averiguar la historia de Imen y pensando en las soluciones que podían buscarse a aquel mundo aberrante.

—¡Olandoria!.—exclamó Rea con un terror que quedó evidente en su garganta.

CAPÍTULO XI

Olandoria y la suma sacerdotisa eran dos mujeres altas, delgadas, con los cabellos rojizos como los de Rea. Sus ojos también eran púrpura y sobre sus cabezas portaban diademas con brillantes púrpura engarzados. Encima de las diademas se alzaba una especie de antena que irradiaba una luz tenue.

—Mal venida a Imen, Rea. Fuiste desterrada y abandonada en Marte, un planeta que los terrícolas han profanado no siendo suyo. Nos has traicionado regresando a Imen y trayendo contigo a un terrícola con el que has violado la tumba de la diosa.

—Ese ser que está dentro del sarcófago fue una mujer importante en su tiempo, pero ser importante no quiere decir ser bueno y noble. Fue una mujer cargada de odio y maldad —dijo Aquiles sin arredrarse.

—Habéis profanado la tumba de la diosa y eso os costará la vida —sentenció la suma sacerdotisa.

Aquiles Cromwell observó que llevaba la misma antenita luminosa sobre su diadema y supuso que ésta tenía algún significado.

—Hemos descubierto lo que se ocultaba tras la noche de los tiempos que se nos solía explicar en las escuelas a las que no pueden acceder los varones.

—No están capacitados para escolarizarse —replicó la reina de Imen—, son como animalitos.

—Porque Imenea los convirtió en eso con su maldita fórmula degradante de la clave genética para la herencia de los varones. Lo que hizo con ellos fue horrible y antinatural.

—Fue la liberación de las mujeres —rectificó la reina Olandoria, una mujer que debía haber sido hermosa pero que ahora tenía unos rasgos duros e implacables.

—Este sistema no se puede mantener eternamente. Los terrícolas estamos avanzando en la exploración del espacio y los planetas de nuestro sistema solar y ya veis, hemos llegado hasta aquí con nuestra nave. Vuestro sistema no podrá ser tolerado porque para que vosotras estéis bien, lo que es un supuesto, habéis aplastado a vuestro compañero el varón, degradándolo hasta convertirlo en una bestia doméstica, sólo utilizable cuando es necesario.

—Está claro que nos hemos descuidado con el sistema de alerta espacial y el sistema de defensa contra invasores interplanetarios, pero eso se remediará. Los terrícolas no pasaréis.

—Ya hemos pasado —puntualizó Aquiles Cromwell.

—Un fallo se puede remediar.

—Una súbdita de Imen ya conoce la verdad, no sólo la verdad repugnante de vuestro reino, sino también la verdad del mundo terrícola, de modo que ya no podréis impedir el cambio.

—Jamás habrá cambio porque nunca saldréis vivos de aquí —sentenció Olandoria cuando comenzó a subir del suelo, junto a las rejas, una enorme piedra que iba a bloquearles la única salida, encerrándoles para siempre en la tumba de la diosa.

Aquiles Cromwell hizo dos disparos con su pistola Láser y las dos lucecitas que llevaban las mujeres en aquella especie de pequeña antena sobre sus cabezas, se fundieron, retorciéndose.

Rea se agarró a los barrotes tratando de impedir que la piedra, que ya estaba taponando el hueco por el que habían penetrado en la tumba, acabara de cubrirlo, y no había tiempo para cortar más barrotes y escapar.

Olandoria y la suma sacerdotisa se alejaron corriendo antes de que Aquiles les disparara de nuevo.

La piedra terminó de cerrar la salida por completo, dejándoles sepultados.

—Aquiles, Aquiles, ¿qué haremos ahora? —sollozó Rea.

—Tratar de escapar, es nuestra obligación.

—Será imposible, esa piedra es enorme.

—Lo intentaremos —le dijo el hombre, tratando de infundirle confianza.

Aquiles comenzó a disparar contra la piedra con su Láser, pero la carga se agotó y la piedra apenas había sido perforada.

—Toma la mía —le dijo Rea.

—No, la consumiríamos aquí y nos quedaríamos sin esta arma.

—Entonces, ¿cómo saldremos?

—No lo sé, alguna forma encontraremos.

—No hay otra salida —dijo Rea resignada—. Nos han condenado a morir de inanición aquí abajo, en las entrañas del templo.

Transcurrieron los minutos sin que nada sucediera. La muerte semejaba inevitable para ellos, precisamente cuando habían descubierto la historia de Imen y las circunstancias que habían determinado el sistema actual.

—Rea, ¿no oyes un rumor?

—¿Un rumor?

—Escucha, escucha bien...

Rea agudizó su atención; al fin dijo:

—Es como el ruido de las olas del mar.

—Eso es. Estamos en las entrañas del montículo alrededor del cual se extiende la ciudad.

—Pero, el mar queda lejos, a dos o tres kilómetros por lo menos.

—Sí, pero a través de una galería que puede actuar como tubo acústico, el sonido del mar llega hasta aquí y eso quiere decir que en alguna parte hay un agujero, busquémoslo.

Agudizando el oído, comenzaron a buscar. Fue precisamente al pie del túmulo sobre el que se asentaba el sarcófago de Imenea donde el sonido se intensificó.

—Está debajo —dijo Aquiles.

—Si está debajo, ¿cómo podremos salir?

—Hay que empujar, ese túmulo podrá moverse.

Aquiles Cromwell tanteó el suelo y luego empujó el túmulo de granito. Comprobaron que se movía, pues tenía un eje que lo sostenía.

El sarcófago fue desplazado y apareció un agujero por el que podía introducirse un ser humano. Aquiles Cromwell iluminó su interior con la linterna y no pudo ver el final del mismo.

—Habrá que arriesgarse. Puedes quedarte aquí hasta que investigue.

—No, voy contigo, yo no me quedo sola aquí.

—De acuerdo, descenderemos los dos. Creo que esto nos llevará al mar.

El tubo fue angosto durante breve espacio; después se agrandó, transformándose en una galería por la que avanzaron, escuchando cada vez más próximo el rumor del mar.

—Debemos estar caminando bajo el suelo de la ciudad —observó Rea, más tranquila.

Al fin, llegaron a una cueva en la que se introducían las aguas marinas.

—¿Qué haremos ahora?

—No debemos estar muy lejos del lugar donde dejamos el vehículo que nos ha traído hasta aquí.

Mojándose, salieron de la cueva y, efectivamente, se hallaban en los acantilados por los que habían llegado. Buscaron durante varias horas hasta localizar al super-atom-hover-craft.

Ya en el vehículo, se dirigieron en busca de Trinidad Clark y la Omaga-42. Nadie les descubrió. Cuando llegaron a la isla, Trinidad Clark les recibió con efusiva alegría.

—¿Qué, habéis encontrado los brillantes púrpura?

—Hemos encontrado muchas cosas, Trinidad Clark, ya te contaré. ¿Te gustaría quedarte en un planeta cómo…?

—¿Como qué? —preguntó ante el silencio de Aquiles Cromwell.

—Ya te lo explicaré en su momento.

—¿Más secretos? Creo que me vais a hacer otra jugarreta. ¿Qué ha pasado?

—Hemos encontrado la tumba de la diosa Imenea.

—¿Cargada de tesoros?

—Sí —asintió Aquiles— pero son patrimonio del pueblo de Imen. No somos saqueadores.

—No, claro, pero entonces, ¿a qué hemos venido a Tritón?

—Ya lo sabrás en su momento.

—¿Nos vamos a marchar? —preguntó Rea.

—No. Nadie puede suponer que hayamos escapado, de modo que vamos a ir a la ciudad con la Omega-42 y tomaremos suelo en la gran terraza que hay frente al templo. Mientras llegamos allí, tú, Rea, irás transmitiendo por varias ondas y también por un sistema megafónico para que te oigan todas las súbditas del reino. Les dirás que venimos en son de paz, que queremos dialogar y que solicitas la reunión del consejo de las mil madres. ¿Comprendes?

—¿Y si no nos hacen caso, y si nos atacan?

—En principio y sólo si es indispensable, haremos una demostración de fuerza, mi nave está armada.

—Lo que tú digas, Aquiles. Ya que estamos aquí, sigamos adelante, aunque a mi hermana le va a sentar muy mal volver a vernos ahora que nos cree encerrados en la tumba de la diosa.

La Omega-42 se elevó majestuosa sobre la lujuriante selva de la isla y se desplazó en horizontal rumbo a la capital de Tritón.

Era de día. El gran Neptuno se veía enorme sobre ellos, como si quisiera aplastarles; sin embargo, lo que hacía era reverberarles la luz que él mismo recibía del Sol, eje y núcleo del sistema.

Trinidad Clark dispuso todos los sistemas de telecomunicación para que Rea pudiera hacer uso de ellos.

La joven se sentó ante el micrófono y comenzó a hablar, comunicando a las súbditas del planeta su inminente llegada. Pedía al consejo de las mil madres que se reuniera, augurando un reinado de paz y prosperidad para todos. Rea se esforzó en ser convincente.

Al fin, la Omega-42 llegó sobre la ciudad y no fue atacada por los sistemas de defensa, por lo que Aquiles Cromwell no tuvo que accionar ninguno de sus artilugios bélicos.

Trinidad Clark miraba por las ventanillas, asombrado.

—Jamás creí encontrar una ciudad totalmente alienígena.

Por encima de los edificios, ascendieron a lo alto del montículo sobre el que se asentaba el templo de la diosa Imenea. Allí, con las puertas de la Omega-42 cerradas, aguardaron.

Al principio no ocurrió nada. Sólo tenían a la vista la guardia honorífica del templo que, con sus armas primitivas, nada podían hacer contra la nave terrestre.

—No harán caso, no acudirán a la cita —decía Rea desmoralizada.

—¡Eh, ahí suben mujeres a cientos! —exclamó Trinidad Clark, con la cara pegada a una de las ventanillas.

Efectivamente, por la gran escalinata que subía desde la ciudad al templo, ascendían cientos y cientos de mujeres.

—Trinidad Clark, quédate dentro. Si ocurriera algo desagradable, destruye el templo —le ordenó Aquiles.

—¿Destruir el templo, y luego qué hago?

—Largarte a Marte.

—¿Sin ti?

—Sí, sin mí, pero si nada anormal ocurre, espera. Rea tiene que hablar al gran consejo de las mil madres y yo estaré a su lado.

Aquiles Cromwell se puso una de las linternas en el cinturón y se colgó en bandolera no una pistola, sino un potente subfusil Láser.

Descendieron de la nave y fueron observados con curiosidad, mas nadie les dijo nada. Ellos fueron los primeros en entrar en el templo, seguidos por las súbditas de Imen.

Dentro de la nave del templo, las madres del gran consejo ocuparon sus respectivos asientos, quinientas a la derecha de la nave y quinientas a la izquierda.

Rea, acompañada de Aquiles Cromwell, se dirigió al altar y

colocándose ante él, se encaró con el consejo de las mil madres, con varios millares de súbditas del reino presentes como público.

—Consejo de las mil madres del reino de Imen, todas me conocéis. Soy Rea, princesa de Imen y hermana de Olandoria, nuestra reina, la desterrada que fue depositada en el Marte conquistado por los terrícolas para que allí muriera en el desierto de los insectos.

Hizo una breve pausa, no se oía nada allí, reinaba el más absoluto de los silencios. Rea continuó, alentada por la proximidad de Aquiles Cromwell.

—Este terrícola que ha venido conmigo y me ha devuelto a mi planeta me salvó de morir en el desierto de los insectos cuando yo ya había perdido toda esperanza de sobrevivir, y no sólo hizo eso, sino que además cuidó de mí y me mostró su civilización. Allí no sólo coexisten varones y hembras, sino que viven amándose y respetándose dentro de una igualdad y equilibrio del cual debemos aprender. Sí, allí vi muchas cosas que tengo que contaros. Comprendí lo que era la libertad de la persona, algo de lo que aquí carecemos porque vivimos un presente con un futuro sin amor, sin evolución ni libertad. Se nos ha negado el derecho a conocer nuestra historia y cuando preguntábamos algo, si es que nos atrevíamos a hacerlo, se nos decía que todo se perdía en la noche de los tiempos… —Todas seguían silenciosas, escuchando atentamente—. Pues bien, yo conozco la historia. Hemos estado en la tumba de Imenea y no es una diosa, sino que fue un ser monstruoso…

Hubo un murmullo de asombro, corno si Rea acabara de cometer un sacrilegio.

—Sí, un monstruo que degradó a los varones de Imen a lo que son ahora. Abajo, en la tumba, está la historia, lo que sucedió, de lo que fue capaz Imenea. Vosotras, consejo de las mil madres, accederéis a nuestra historia y escucharéis lo que nos puede deparar un sistema justo de igualdad entre varones y hembras, para que volvamos a ser un pueblo aparejado con futuro. Elegid una comisión que descienda a la tumba y tome el libro de oro encadenado y lo traiga aquí para que sea leído públicamente. Al final, vosotras decidiréis sobre cuál ha de ser nuestro destino, el destino de Imen. Otra comisión entrará en la nave terrícola y allí, en una pantalla, veréis como es el mundo de los terrícolas. No es perfecto, es cierto, pero unidos varón y hembra, tratan de que lo sea.

Se constituyeron las comisiones representativas del consejo de las mil madres, órgano supremo de decisión en el planeta Imen y Rea



se dispuso a aguardar sus decisiones.

EPILOGO

Trinidad Clark se hallaba sentado en la escalerilla de la Omega-42.

Al pie de la misma, mirándole, había diez imenitas a cual más bella y atractiva.

El hombre las observaba con mucha atención y se dijo:

—No sé si al final voy a hacer el ridículo, pero creo que lo mejor es quedarse, Imen necesita de mi ayuda. Después de todo, ¿para qué querría las riquezas en la Tierra sino para lo que aquí me van a ofrecer gratis y con mucho entusiasmo?

Rea había aceptado la presidencia del consejo de las mil madres desde que la tumba de Imenea había sido desmitificada y destruidas todas sus fórmulas biogenéticas.

Se había descubierto que los slavonitas que quedaban dentro de las galerías y naves que conducían a la tumba, habían devorado a Olandoria y a la suma sacerdotisa. Lo que las hacía inatacables eran aquellas pequeñas y especiales Lucecitas que portaban sobre sus cabezas y que las feroces bestias de las tinieblas habían aprendido a respetar. Más, al destruir Aquiles Cromwell las Lucecitas señalizadoras con su pistola Láser, las había dejado vulnerables a las fieras que les habían impedido Llegar al exterior.

—¿De verdad me amarás a mí, Aquiles? —le preguntó Rea con ansiedad.

—Sí, ¿lo dudas?

—No, no lo dudo. Tú eres el rey aquí desde que habéis decidido no regresar a vuestro mundo y quedaros para ayudar a Imen a recobrar su libertad, a evolucionar, a encontrar el amor y la libertad individual, pero…

—¿Qué?

—Pues, que no acaba de gustarme lo que te pidió el consejo de las mil madres…

—Pidió que por el momento no vinieran más terrícolas.

—Sí, que no vinieran más hasta que aquí hubiera suficientes varones, y a ti, lo mismo que a Trinidad Clark, te han pedido que…

Aquiles Cromwell le tapó la boca con la mano al tiempo que le aseguraba:

—Yo sólo te amaré a ti.

La besó en los labios, prodigándole aquella caricia que practicaban los terrícolas y que a Rea la turbaba profundamente.

La historia que se perdía en la noche de los tiempos había sido desvelada.

F I N